



ACTAS DEL CONSEJO SUPERIOR

DE LA SOCIEDAD SALESIANA

SUMARIO

I. Carta del Rector Mayor (pág. 3)

Recoger la lección de Don Rua - La función del magisterio de la Congregación. **La oración problema de vida: 1. La oración está en crisis** - Elementos negativos de la situación - Las causas son múltiples. **2. La oración es necesaria** - Indispensable para el religioso - En el centro de la tradición salesiana. **3. Renovar nuestra oración** - Construir la Comunidad con la oración - Transformar la vida en oración - Seamos protagonistas de la renovación.

II. Disposiciones y normas (no figura ninguna en este número)

III. Comunicaciones (pág. 50)

1. Aguinaldo del Rector Mayor para el año 1973 - 2. La Beatificación de Don Miguel Rua - 3. Nombramientos de Inspectores - 4. Solidaridad fraterna - 5. Inauguración del Salesianum con una « Semana de espiritualidad » - 6. Recopilación de documentos - 7. Los Noticiarios Inspectoriales - 8. Compilación de datos para las Estadísticas Salesianas.

IV. Actividades del Consejo Superior e iniciativas de interés general (pág. 57)

V. Documentos (pág. 61)

1. La Carta del Rector Mayor a la Familia Salesiana: a) Obras nuevas de 1972; b) La crisis de vocaciones - 2. La Solidaridad fraterna.

VI. Magisterio Pontificio (pág. 67)

1. « Bendigamos al Señor: ¡Don Miguel Rua es "beato"! » - 2. « Mos-traos fieles a vuestra vocación » - 3. ¿De qué tiene más necesidad la Iglesia hoy?

VII. Necrologio - Primera lista de 1973 (pág. 96)

S. G. S. - ROMA

I. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Roma, enero de 1973

Hermanos e hijos queridísimos:

Os escribo todavía bajo la profunda e imborrable impresión de la Beatificación de nuestro amado Don Rua: en la majestuosa Basílica de San Pedro, hecha toda ella un esplendor de luces y de corazones, el humilde primer sucesor de Don Bosco era presentado por el Sumo Pontífice como ejemplo, y propuesto al culto de la Iglesia; mientras una inmensa multitud de más de 30.000 peregrinos llegados de todas partes, hermanos todos en la misión y en el espíritu salesiano, exultaba de alegría al ver confirmada una vez más por el Magisterio oficial de la Iglesia la fecundidad espiritual de nuestro carisma.

Recoger la lección de Don Rua

El Santo Padre quiso regalarnos una bellísima homilía. Exaltó, sobre todo, en Don Rua, « todo suavidad y bondad, todo deber y sacrificio », su obra de fiel y creativo « *continuador* » de Don Bosco. El « hizo — nos decía en breve síntesis — del ejemplo del Santo (Don Bosco) una escuela; de su obra personal una institución extendida, se puede decir, por toda la tierra; de su vida una historia; de su regla un espíritu; de su santidad un tipo, un modelo; hizo del manantial una corriente, un río ». Después, refiriéndose a « la prodigiosa fecundidad de la Familia Salesiana »

dijo frases que nos confunden y nos comprometen, al definirla como « uno de los fenómenos mayores y más significativos de la perenne vitalidad de la Iglesia en el siglo pasado y en el nuestro ».

Nos exhortó el Santo Padre a recoger la lección de Don Rua: él « enseña a los Salesianos a permanecer Salesianos, hijos siempre fieles de su Fundador ».

Y nos trazó casi un programa cuando dijo: « todos los hijos de esta joven y floreciente Familia Salesiana, hoy, bajo la mirada amiga y paternal de su nuevo Beato, reafirman su paso por el camino costoso y recto de la ya bien probada tradición de Don Bosco ».

Basten estas brevísimas referencias para haceros ver la importancia de este documento pontificio, que recomiendo a vuestra lectura y reflexión.

Mientras escuchaba la homilía, pensaba yo en la herencia espiritual que hemos recibido de Don Bosco, en la enorme responsabilidad, que incumbe a cada uno de nosotros, de no estorbar su dinamismo y su vitalidad y fecundidad espiritual, que se manifiesta especialmente en sus frutos más preciados, los de la santidad. Por eso, consciente del ministerio al que indignamente he sido llamado, de ser « Padre y centro de unidad » (1), en el momento del Ofertorio presenté al Señor las ansias y esperanzas de toda nuestra Familia, prometiendo, también en nombre vuestro, no defraudar el compromiso prioritario tomado por nuestra Congregación en el C.G.E. de « renovarse en la fidelidad ».

Consciente, por lo tanto, de que mi « principal preocupación » es « promover, en comunión con el Consejo Superior, una constante y renovada fidelidad de los socios a la vocación salesiana » (2), y en la seguridad de poder contar con vuestra « colaboración » en acoger las directrices emanadas de este mi mandato (3), he pensado tratar con vosotros sobre un argumento que debe empeñar

(1) *Const.*, art. 129.

(2) *Const.*, art. 129.

(3) *Regl.*, art. 95.

a fondo toda vuestra buena voluntad, por ser de importancia *vital* — la palabra está bien pensada —, es decir, de vida o muerte, para nuestra Congregación.

La función del magisterio de la Congregación

Antes de entrar en materia, permitidme recordar algunos conceptos fundamentales. No ignoráis que uno de los deberes principales de un superior religioso, a cualquier nivel, ha sido siempre, y especialmente lo es hoy, el que podemos llamar del « magisterio ». O sea, el de dirigir, orientar, impulsar, y, de ahí, el de señalar el recto camino, corregir a su tiempo las desviaciones, denunciar los abusos, definir en ciertos momentos las posiciones justas, de modo que todos en determinadas circunstancias puedan conocer con claridad la línea que se debe seguir en la Congregación. Esto no es paternalismo, ni, mucho menos, sofocar la libertad del individuo. Es, por el contrario, defender la libertad de cuantos tienen derecho a ser defendidos en cierto sentido contra la avalancha de « opiniones » que todo lo relativizan y lo dejan en la incertidumbre: *tienen derecho* a saber positivamente cuál es la dirección de movimiento del Instituto al que han dado conscientemente su nombre. Esa dirección no la puede marcar la voluntad del individuo, ni, peor aún, el grupo de presión, de cualquier color que sea, ni el líder ocasional. Está reservada, como deber fundamental, a los Superiores competentes, que por su mismo cargo tienen esa obligación y responsabilidad.

Este « magisterio », naturalmente, no se reduce ni se concentra en la parte puramente negativa, de corregir los errores y las desviaciones, sino que tiene su principal aplicación en la parte positiva, *orientativa*, encaminada a favorecer la fidelidad dinámica a la vocación salesiana, en el sentido más rico de la palabra, como ha sido ilustrado por el reciente CGE.

No puede ser, de ninguna forma, un magisterio arbitrario. Debe plasmarse continuamente sobre las Constituciones, que

« *orientan en forma estable el sentido de nuestra profesión e iluminan su fidelidad* » (4). Sólo así se promueve en forma adecuada el verdadero incremento de la Congregación, de su misión y de su vida.

Al « magisterio » debe corresponder la aceptación cordial, generosa, activa por parte de todos los Hermanos. La fuerza de un organismo, de una Congregación religiosa, está en su « cohesión », en su unidad interna, en torno, fundamentalmente, a las líneas de principio y de acción que definen su vocación o que tienen referencia directa o indirecta con ella. Bien es verdad que sobre ciertos asuntos propuestos por el Superior son posibles en algunos casos opiniones diversas. De hecho, raramente se trata de dogmas. Sin embargo, cuando se propone una orientación, en la mayor parte de los casos no es para discutirla, para pasarla por el tamiz de la crítica, sino para ser actuada.

Entiéndaseme bien: no se quiere con esto atentar contra la razonable libertad de opiniones, ni disminuir la responsabilidad personal de cada uno, sino sólo subrayar fuertemente que la exagerada independencia (que lleva a discutirlo todo, a criticar todo y seleccionar los puntos admisibles según criterios totalmente personales o arbitrarios) conduce a la anarquía, a la desintegración, y puede ser causa de ruina para la Congregación.

La discusión, la aportación personal, la sugerencia o la crítica de ordinario ya han tenido lugar previamente, a través de todos los órganos consultivos o deliberativos colegiales previstos en las Constituciones. No procede repetir indefinidamente el proceso ante cualquier indicación, orientación o prescripción que emana de los organismos competentes.

Pongamos un caso concreto. La Congregación ha estado tres años movilizad para un análisis crítico y profundo de su vida y de su misión, para llegar después, tras el largo y laborioso estudio de los Capitulares, a la formulación de los criterios de su renova-

(4) *Const.*, art. 200.

ción, contenidos en las Constituciones y Reglamentos renovados e ilustrados en los Documentos del CGE.

Ahora ya no es tiempo de « discutir » aquellas disposiciones, o (lo que en cierto sentido es peor) ignorarlas, infravalorándolas, juzgándolas, según los casos, ya « superadas » o demasiado « avanzadas », o, sin más, « no acordes con el pensamiento de Don Bosco ».

Ahora es tiempo, como he dicho en varias ocasiones, de actuar, de practicar, de trabajar en la línea que ya está trazada.

Las orientaciones programáticas las llevan las « Actas »

He querido recordar estas ideas para que se dé toda la importancia debida al magisterio de la Congregación. El Rector Mayor y los Miembros del Consejo Superior son conscientes del pluralismo existente en la Congregación dentro del ámbito señalado por las Constituciones, de la descentralización que justamente ha introducido el CGE, de una cierta autonomía (5) de las Inspectorías por efecto de la subsidiariedad; y continuamente se examinan en su actuación para respetar esos principios organizativos y para no sobrepasar los límites de su cargo. Pero son igualmente conscientes del gravísimo deber que tienen de ejercer una « acción de gobierno » para promover la unidad, el incremento de la Congregación, la fidelidad a la vocación salesiana a nivel mundial, y para conducir los organismos secundarios a que asuman de hecho las responsabilidades que les exige el CGE.

En el pasado, nuestra Congregación ha tenido mucha fuerza, porque estaba muy unida. Ha podido superar muchas y grandes pruebas, porque se estrechaba compacta alrededor de Don Bosco, siempre presente. Ha emprendido con indiscutible éxito grandes empresas, porque concentró sus fuerzas de acción, no dejándolas dispersas en arroyuelos que absorbe la tierra seca, sino haciendo

(5) *Const.*, art. 162.

con ellas un verdadero río. Ha marcado una impronta en la historia, ha sembrado una devoción mariana, ha difundido un método educativo, porque tenía una línea, procedía como ejército eficiente y ordenado. Nuestra salvación, estemos convencidos, está en la unión.

Desciendo a una aplicación práctica inmediata. Las orientaciones contenidas en las Cartas del Rector Mayor y en los Documentos del CGE, deben ser consideradas como líneas programáticas de gobierno, dirigidas a asegurar una línea común de acción. No son una pía exhortación, que baste leer por encima y después ponerlas en un rincón. Deben ser objeto de reflexión, particularmente por parte de los Inspectores y Directores, y de sus respectivos Consejos; y no sólo objeto de reflexión: es para ellos un deber explícito estudiar el modo práctico de hacerlas conocer, asimilar y actuar. Por nuestra parte, estamos haciendo un esfuerzo para que llegue oportunamente la traducción, facilitando su lectura y conocimiento y, naturalmente, su puesta en práctica.

Los Salesianos y las Comunidades que por cualquier motivo ignoran las « Actas del Consejo Superior » y, en general, las comunicaciones del interés de la Congregación, son, en cierto sentido, como ciudades a las que se cortan las conducciones del agua o los cables de la energía eléctrica.

Os hablo con la confianza de un padre

De un modo particular os pido prestéis vuestra atención al argumento que voy a tratar, que, como os decía, considero de *vital* importancia para nuestra vida y para nuestra renovación. Os hablo con el corazón en la mano, con la confianza y la plena libertad de un padre que se dirige a sus hijos adultos, sin ocultaros mis penas y preocupaciones por el momento difícil que atravesamos.

No es mi deseo crear excesivas aprensiones ni reflejar una visión pesimista. Pero no puedo ocultaros algo que entiendo puede

poner en peligro el futuro de nuestra Sociedad, que costó tantas lágrimas y sacrificios a nuestro Fundador y a los grandes Padres de la salesianidad. Estoy seguro de encontrar en vosotros absoluta comprensión y de que todos, como con un solo corazón, nos sentiremos decididamente comprometidos a vivir en plenitud nuestra siempre entusiasmante vocación.

Os hablaré, pues, de la *importancia de la oración, absolutamente indispensable para vivir nuestra vocación y para cumplir nuestra misión.*

LA ORACIÓN, PROBLEMA VITAL

En su discurso a los miembros del Capítulo General Especial, el Santo Padre, antes de terminar, nos decía: « Tenemos una última recomendación. *Frente a los riesgos de un activismo exagerado y al influjo de la secularización, a la que hoy, más que nunca, se hallan expuestas las comunidades religiosas, especialmente las vuestras, lanzadas hacia la acción, actuad de forma que ocupen siempre el primer lugar, en vuestra vida, el cuidado de la vida interior, la oración, el espíritu de pobreza, el amor al sacrificio y a la Cruz. Si la deseada puesta al día no recondujese el dinamismo apostólico a un contacto más íntimo con Dios, sino que llevase a ceder ante la mentalidad secularizada y a secundar modas y actitudes efímeras, mudables o mundanas, a mimetizarse con el mundo en sus formas, sin discernimiento, entonces sería el caso de reflexionar seriamente sobre las palabras del Evangelio: “Si la sal se torna insípida, no sirve para nada; sólo vale para ser arrojada al camino y pisoteada por los hombres” (6). El espíritu de vuestro santo Fundador que, en vida fue tan abierto a las necesidades de las almas juveniles, pero tan unido siempre a Dios, Nos parece que os pide hoy, sobre todo, este compromiso particular » (7).*

(6) Mt. 5, 13.

(7) *Docum. CGE*, pág. 654.

Desde su alto magisterio el Santo Padre nos señala unos peligros verdaderos y graves, unos riesgos, que están, por así decirlo, al acecho, y que pueden hacernos perder la identidad y validez vocacional; y nos apunta los objetivos concretos (el cuidado de la vida interior, la oración,...) a los que hay que dar el « primer lugar ». El Papa nos lo presenta como « *el compromiso particular* » que « *hoy* » nos pide Don Bosco.

Eco y confirmación, dolorosos, de las palabras del Papa son las preocupantes constataciones que he venido haciendo, sobre la situación de nuestro Instituto en cuanto a la oración, en el documento considerado como la « radiografía » de la Congregación.

1. La oración está en crisis

En la « Relación general sobre el estado de la Congregación » que presenté en la apertura del CGE, se constataba, junto a un esfuerzo y un progreso real en el campo litúrgico, un notable abandono o desinterés en las principales prácticas sustentadoras de nuestra piedad, como la meditación, la lectura espiritual, el sacramento de la penitencia, la devoción mariana, etc. Y en cuanto a la oración personal, aun sabiendo lo difícil que es formular valoraciones sobre realidades prevalentemente interiores e íntimas, decía: « Esto no obstante, nos parece poder afirmar, en base a los datos externos que poseemos, que en la Congregación ha habido una *notable disminución, un decaimiento muy sensible del nivel espiritual*, sobre todo, en el sector de la piedad y de la vida espiritual » (8).

Y con respecto a las numerosas « defecciones » habidas durante el sexenio, la citada « relación » en su esfuerzo de análisis señalaba la « causa principal (como había indicado en mi carta de marzo de 1970) en el descenso del nivel espiritual comunitario

(8) *Relazione Generale sullo stato della Congregazione*, pág. 32.

y personal, que llega en muchos casos casi a una verdadera pérdida de fe » (9).

¿Cómo se presenta la situación en el postcapítulo; Sería prematuro intentar una valoración exhaustiva, a parte de que no poseemos datos del todo completos; pero, a juzgar por los que tenemos, debo decir que todavía no se aprecia la reacción firme general que era necesaria, y muy de esperar tras el CGE.

Cuando una crisis se prolonga demasiado, corre el riesgo de convertirse en enfermedad crónica, con sus correspondientes consecuencias funestas. También es verdad que en varias Comunidades inspectoriales y locales ha habido progresos muy consoladores y se trabaja con celo y con método para estimular y dar vitalidad a la oración: los frutos gozosos no se han hecho esperar. Sin embargo, no podemos cerrar los ojos a la otra parte del cuadro.

Elementos negativos de la situación

Aunque en medida relativa y de forma incompleta, también acaso discutible, se pueden destacar los siguientes puntos negativos (que, ciertamente, no reflejan una situación general, si bien se dan con cierta frecuencia en todas partes): una escasa sensibilidad ante la renovación litúrgica; poca disponibilidad para la concelebración (como forma privilegiada de « orar en común »), considerada tal vez casi sólo como una especie de moda; cierta resistencia, bajo unos pretextos inconsistentes, a aceptar la celebración en común de oraciones litúrgicas como Laudes y Vísperas (10) y las otras formas de oración comunitaria; no es suficientemente sentido el valor de la expresión comunitaria de la oración para la vida religiosa y para la construcción de la misma comunidad.

Más graves y profundas se presentan las deficiencias en la

(9) *Relazione Generale sullo stato della Congregazione*, pág. 42.

(10) *Const.*, art. 60; *Regl.*, art. 44.

línea de la oración personal: deserción o *abandono total*, en muchos casos, de la meditación, de la lectura espiritual; dígase lo mismo de la visita al Santísimo, del Rosario, etc. En otros casos se debe lamentar la *vaciedad* de la meditación como « oración mental », sustituyéndola arbitrariamente con diversas formas, quizá en pos de la novedad, pero que no son de hecho *verdadera* oración. Empobrecimiento apostólico del trabajo, realizado a veces sólo « profesionalmente », sin intención ni proyección apostólica.

Podría añadir otras constataciones. Pero la dolorosa síntesis de todo ello es ésta: *se reza poco y mal*. Un Inspector hacía esta radiografía de la situación de su Inspectoría: « Cierta ausencia de Dios en nuestras conversaciones y en nuestras acciones. Una fe malherida. Corazones hastiados o alborotados. Falta de espacio de paz y de calma para la oración y la alegría. Los móviles de nuestra actividad carecen de raíces evangélicas y de fuerza. Tenemos mucha falta de interioridad ».

En estas sinceras y valientes constataciones tal vez puedan verse reflejados no pocos Hermanos.

Las causas son múltiples

Ante el cuadro que acabamos de esbozar, viene natural una pregunta: ¿cuáles son las causas de esta situación? Son muchas y convergentes, si bien de diversa naturaleza.

Algunas tienen sus raíces muy lejanas, complejas, no fáciles de detectar, ya que se trata, en buena parte, de una realidad interior que se identifica con la historia íntima de la vida espiritual de cada uno.

Otras son de índole general dependientes del ambiente sociológico, del cambio de cultura, de corrientes de pensamiento, especialmente en cuanto a la concepción del hombre y del mundo, de ciertas hipótesis o tesis teológicas o pseudoteológicas aceptadas sin criterio crítico, al menos de hecho.

Otras, en cambio, tienen una más directa relación con nuestra

Congregación, como, por ejemplo, los notables cambios en el campo pastoral-educativo, los nuevos y distintos ritmos de la vida comunitaria, o la falta real de un « espacio » de tranquilidad para el recogimiento y el diálogo con Dios.

No pocas causas ahondan sus raíces en el lejano período de la formación, donde a menudo se puede constatar que hubo un fallo real en la pedagogía de la oración, agravado por nuestro género de vida eminentemente activo y por las ideas muy aproximativas e inexactas acerca del papel que tiene la oración en la vida salesiana.

Como se ve por estos rasgos genéricos, las causas del fenómeno son múltiples, y no es éste el momento de hacer su diagnóstico exhaustiva y profunda, cosa que podrá ser hecha en otro momento y de forma competente. Para nuestro fin bastará subrayar algunas de las causas comunes más salientes de la crisis, cuantitativa y también cualitativa, de la oración.

El influjo de la secularización

Entre las causas apuntadas destaca, en primer lugar, el influjo de la, así llamada, « secularización ».

Como se sabe, este fenómeno es ambivalente. Junto a postulados positivos, que tienden a purificar la idea de Dios y de la religión despojándola de pseudo-estructuras deformantes, hay muchas otras consecuencias y corolarios (algunos claramente forzados, pero de notable incidencia), que sublimando la autonomía de las « realidades terrestres » terminan por eliminar a Dios de la escena del mundo, reduciéndolo prácticamente a una trascendencia cerrada e inaccesible, que no le deja posibilidad de ocuparse del mundo y de la historia.

Una de las primeras consecuencias de esta secularización orientada a dar a la criatura un puesto « fuera » e « independientemente » de Dios, ha sido — y debemos decir que « lógicamente », una vez puestas las premisas — *la eliminación de la oración*: tesis

que teólogos autonomistas y hasta revistas de cierto nivel difunden y pretenden justificar con muchos capciosos argumentos.

A este respecto permitidme citar el pensamiento del Cardenal Pellegrino, Arzobispo de Turín, nada sospechoso de mantener posiciones atrasadas. Después de recordar que en numerosas ocasiones ha intervenido en favor de los teólogos, precisa: « Pero, entendámonos bien: el criterio para juzgar en las cosas de fe y de vida espiritual no puede ser en primer lugar la opinión de un teólogo o de uno que se presenta como tal. Acogeremos con reconocimiento las aportaciones de todos: pero si un teólogo me viene a decir, por ejemplo, que la oración de petición no tiene sentido, prefiero creer a nuestro Señor Jesucristo, a San Pablo, al magisterio y la práctica de toda la Iglesia.

Por lo demás, no parece que sea el caso de sobrevalorar la opinión de cualquier teólogo (admitido que sea verdaderamente tal), dado que, hoy como ayer, la teología reactualiza, desarrolla y profundiza la enseñanza de la Escritura y de la tradición sobre el valor y la necesidad de la oración, también como oración de petición. Cito, entre muchos, el testimonio de un teólogo no católico, Dietrich Bonhoeffer: « El niño ruega al Padre que conoce. La esencia de la oración cristiana no es una veneración genérica, sino precisamente la petición. Corresponde a la actitud del hombre ante Dios, el que esté con las manos alzadas para pedirle a Aquel de quien sabe que tiene un corazón de Padre » (11).

No creo que entre los Salesianos haya quien abiertamente admita estas tesis, pero no dejarán de tener una cierta incidencia. Encuentran, a veces, personas desprevenidas e impreparadas. Insensiblemente se van acumulando ideas, prejuicios, influjos provenientes de tantas partes y que llegan por tantos canales, y se acaba por aceptar tácitamente, al menos en la práctica, que « hoy », en la nueva concepción del mundo y de la teología, la oración no es

(11) Card. M. PELLEGRINO, *Pregare o agire*, LDC, 1972, p. 23.

ya tan necesaria como se decía en otro tiempo. Y, por consiguiente, se la siente como un « peso », para librarse del cual se encuentran mil « razones » al alcance de la mano. O, si se reza, se hace sin interés, con lo cual la oración se rebaja a una « observancia », en el sentido peyorativo del término.

Ante las consecuencias de esta maligna secularización, sólo cabe una actitud, en el plano de la vida personal: resistir y reaccionar con una intensa vida espiritual.

La tendencia horizontalista

Acaso estemos más expuestos aún, dado nuestro tipo de vida activa, a la tendencia « horizontalista », que reduce la vida espiritual al « servicio » a los pobres, a su « liberación », considerando, prácticamente, como « alienante » la oración, porque no se traduce en términos de eficiencia inmediata y porque, siguen dando razones, aparta de este empeño cristiano esencial.

Pablo VI denunciaba así la tendencia horizontalista: « Todos saben la fuerza negativa que ha adquirido esta actitud espiritual, según la cual no es la oración sino la acción la que mantendrá vigilante y sincera la vida cristiana. El sentido social sustituye al sentido religioso... (12).

En los primeros días del pasado diciembre tomé parte en la Asamblea anual de los Superiores Generales, que precisamente se ocupó del tema de la oración; en él se trató de la tentación del « horizontalismo », que acecha a muchos religiosos. Con la colaboración de dos valiosos expertos — P. Haering y P. J. Loew — se llegó a unas conclusiones de valor fundamental, que aquí sintetizo.

« La salvación nos viene sólo de Dios y en las formas por El queridas: por lo tanto, no se puede separar lo que El ha

(12) PABLO VI, *Audiencia General* 20 agosto 1969.

unido: cuerpo y espíritu, acción y contemplación, Dios y hombre. Lo horizontal no es garantizado más que por lo vertical. No se puede dejar en el olvido la fuente ».

« Es evidente que la caridad tiene en el Evangelio y en la vida de los santos una extensión que no se reduce a la acción en favor de los demás: antes que los hombres está Dios, y, aun respecto a los hermanos mismos, la caridad contempla otros aspectos además de la acción ».

« Debemos, además, tener presente que, como la Iglesia en su conjunto, cada cristiano tiene continua necesidad de « convertirse »: y la conversión no se puede dar sin Dios ».

« Finalmente, estos religiosos dedicados por entero a la acción, que rechazan la oración, terminan ordinariamente por abandonar la vocación original ».

Sobre estas bien meditadas conclusiones, fruto de muy larga experiencia, me parece que tenemos mucho para reflexionar.

La difícil adaptación a los cambios

Otra causa de la crisis de la oración la podemos encontrar en la adaptación, todavía no lograda, a ciertos cambios que se dan, tanto en el tipo de nuestro trabajo educativo-apostólico, como en el ritmo de la vida comunitaria.

La exigencia de « compartir » todo con los jóvenes, propia de nuestra misión educativa y del sistema preventivo, tenía como consecuencia naturalmente admitida que en los internados (que representan el tipo de tantas de nuestras obras) los Salesianos tuviesen sustancialmente (y las viviesen) las mismas prácticas de piedad que los jóvenes: participaban en ellas con mayor intensidad y conciencia, y con mayor perfección, pero las prácticas eran las mismas. Más tarde se añadió la meditación y la lectura espiritual, pero un momento fuerte del día era la « misa en comunidad » con los jóvenes.

Cuando, tras los cambios, no siempre felices ni graduales ni

pedagógicamente introducidos, se acabó por reducir al mínimo o por eliminar las prácticas de piedad de los alumnos, los Salesianos se encontraron en dificultad para encontrar un momento apto para la celebración eucarística: y, desgraciadamente, en muchos casos, se la desplazó a una media hora cualquiera, para hacerla deprisa, en los momentos a veces menos apropiados de la jornada.

Sin embargo, las causas más frecuentes de la crisis se hallan a nivel personal, en la falta de formación a la oración, en la falta de adiestramiento, de convicción, en la incapacidad de concentrarse, en la superficialidad, en la disminución de la fe, en el oscurecimiento del ideal religioso, en la falta de ascesis, de libertad interior, en la pobreza de contenidos, etc.

Pero, en lugar de insistir en estos aspectos negativos, que podrían llevar a pensar en exageración y pesimismo, y para los cuales alguno podría encontrar fáciles justificaciones, pienso que será más útil y constructivo que estudiemos juntos y fortalezcamos nuestra convicción sobre la importancia y *absoluta necesidad de la oración*.

2. La oración es necesaria

Hablo, y lo hago pesando bien la palabra, de necesidad, y no se obligación. De hecho, a un bautizado — y más aún a un consagrado — responsable y consciente de su elección de vida, decirle que está obligado a orar es como decir a una persona normal que para conservar la vida y no morir está obligada a comer y a respirar. Nutrirse, respirar, es una necesidad para el hombre, y no espera a que le llegue un mandato para hacerlo. Sólo en una situación anormal el hombre no come, rechaza el alimento. La comparación no me parece en nada forzada, naturalmente si partimos de un principio elemental de fe.

Pero intentemos examinar más a fondo el argumento. La oración es necesaria, ante todo, a toda vida cristiana. Lo afirma sin rodeos el Santo Padre: « Sin una propia, íntima, continua

vida interior de *oración*, de fe, de caridad, *no es posible conservarse cristianos*, no es posible participar útil y sabiamente en el floreciente renacer litúrgico, *no se puede dar testimonio eficaz de esa autenticidad cristiana de la que tanto se habla*, no se puede pensar, respirar, obrar, sufrir, esperar plenamente con la Iglesia peregrina: *es necesario orar*. El conocimiento de las cosas y de los acontecimientos, como la misteriosa pero indispensable ayuda de la gracia, si disminuyen en nosotros y tal vez llegan a faltarnos, es por falta de oración » (13). Es una verdad tan antigua como la misma Iglesia, que desde su origen, siguiendo el precepto de Cristo (14) vivía « perseverando » en la oración (15).

Indispensable para el religioso

Es más que necesaria, *indispensable*, la oración para el religioso, en cuanto que representa una de las dimensiones fundamentales de su ser. Por definición, el religioso es *hombre de Dios*. Este « ser de Dios » no es sólo un hecho jurídico de pertenencia, proveniente de un contrato que tiene su expresión en la profesión pública y su normativa en las Constituciones, sino que es, ante todo, un *hecho espiritual*, íntimo, una elección de vida, que brota del amor exclusivo y entusiasta por Dios, y que necesariamente nos debe llevar a *vivir en amistad* con El. Ahora bien, para la amistad no basta una declaración inicial seguida luego de la ausencia de relaciones.

Toda amistad tiende a cultivarse, a incrementarse, a demostrarse. Para aumentarla se requiere la « presencia » y el contacto con el otro, y cuanto más aumenta la amistad más se siente la necesidad de multiplicar esta « presencia ». Y, ¿qué es la oración más que ese *tratar con Dios*, escucharlo, responderle, dirigirse a El, elevarse hasta El, estar con El, buscar la comunión con El?

(13) PABLO VI, *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. VIII, p. 1019.

(14) *Ls.* 18,1.

(15) *Hech.* 2, 42.

Nuestras Constituciones renovadas nos dicen que en la oración « la Comunidad Salesiana *reaviva la conciencia de su íntima y vital relación con Dios* y de su misión de salvación » (16), y que la oración mental « *nutre nuestra intimidad con Cristo y con el Padre, despertando el amor* » (17).

La oración es, por tanto, exigencia vital. Por eso, la falta de oración, más que una falta en sentido moral, es « un venir a menos en el sentido de la vida ». Es un desfallecimiento, una agonía. Un debilitamiento que lleva a la muerte.

Pero hay más. La vida religiosa es una opción de valores sobrenaturales que se perciben únicamente desde una perspectiva de fe. Lo que constituye la urdimbre fundamental de la vida religiosa, aparece como un « absurdo » en la escala de los valores mundanos. Son anti-valores: piénsese, por ejemplo, en los votos, en la vida casta, pobre, obediente, en la mortificación, etc. El contenido fascinante de estos valores evangélicos, su fuerza de atracción, viene de la gracia, y se percibe únicamente con ojos iluminados por la fe. Lo decía San Pablo: « A nivel humano uno no capta lo que es propio del Espíritu de Dios, le parece una locura; no es capaz de percibirlo porque sólo se puede juzgar con el criterio del Espíritu » (18).

Por consiguiente, toda vocación que apoya su elección y su perseverancia en motivos que no son de fe, está minada en su raíz y puede caer, hasta con escándalo, en el momento menos pensado. Tanto más, que nuestra « perspectiva de fe » está continuamente amenazada por la presión de los valores mundanos que se ajustan a una jerarquía totalmente diversa. Debido a nuestra vida y misión, nos hallamos verdaderamente inmersos en el mundo, y nos llega de mil partes el implacable bombardeo de la propaganda, de las imágenes de los medios de comunicación, gritándonos de mil modos que estamos superados, que nuestra elección no tiene

(16) *Const.*, art. 58.

(17) *Const.*, art. 64.

(18) 1 *Cor.* 2, 14.

sentido. ¿Cómo mantenernos seguros en la justa perspectiva, en la perspectiva de la fe, si no es con la « ventana que se abre hacia la verdad » (Von Balthasar), que es la oración? Ella reaviva la fe, fortalece el corazón, disipa las tinieblas de la mente y nos asegura que « hemos escogido la mejor parte » (19).

La oración libra del influjo, al que todos estamos expuestos, de un modo de pensar y de vivir opuesto al espíritu del Evangelio, del peligro de un conformismo que, con la ilusión de adaptarse a nuestro tiempo, elimina el escándalo de la cruz. La oración nos pone en actitud de constante búsqueda de Dios, y nos permite encontrarlo en la vida de cada día, dando nuevo significado auténticamente cristiano a todo nuestro sentir y obrar (20).

Ya Don Albera en su bellísima Circular sobre el espíritu de piedad decía: « Las prácticas de piedad, como la experiencia nos ha hecho ver mil veces, proporcionan a nuestra alma la energía que necesitamos para no dejarnos desanimar por las penas inevitables en la misma vida religiosa, para impedir que caigamos en la desgracia de *laicizarnos* » (21).

En la *Evangelica Testificatio* está claramente expuesto el vínculo indisoluble que hay entre oración y vida religiosa. La oración nos permite gustar ese conocimiento íntimo y verdadero del Señor « sin el cual nunca podremos comprender el valor de la vida cristiana y religiosa, ni tener fuerza para progresar en la alegría de una esperanza que no engaña » (22).

Para ser fieles a la vocación

Fe, oración, fidelidad forman un trinomio inseparable, trabado por múltiples interdependencias.

A la falta de oración va unida la debilitación de la fe, y

(19) *Lc.* 10, 42.

(20) Card. M. PELLEGRINO, *o.c.*, p. 25.

(21) D. PAOLO ALBERA, *Lettere Circolari*, p. 38.

(22) PABLO VI, *Evangelica Testificatio*, n. 43.

viceversa. Es una ley rigurosamente exacta. La fe es un don, y se obtiene con la oración. Y la oración es la respiración de la fe. Por eso, la oración es absolutamente indispensable para la fidelidad a nuestra vocación.

« Nos creemos — dice Pablo VI — que muchas de las *tristes crisis espirituales y morales* de personas formadas y encuadradas, a distintos niveles, en el organismo eclesiástico, son debidas a la inanición y tal vez a la *falta de una metódica y profunda vida de oración*, que hasta hace poco se mantenía sostenida por sabias costumbres externas; abandonadas éstas, la oración se ha apagado: y con ella, la fidelidad y la alegría » (23).

La palabra del Papa tiene abundante confirmación en nuestra experiencia. No pretendo reducir a la falta de oración un problema tan complejo, delicado y difícil. Pero es cierto que en las dolorosas historias de muchos Hermanos nuestros se halla siempre, de forma expresa o tácita, una única constante: el abandono de la oración o la vaciedad de un estéril formalismo. En muchas de las crisis que preceden o acompañan a la decisión de abandonar el sacerdocio, ha faltado el golpe de ala de la oración, capaz de llevar el alma a una atmósfera más oxigenada, a un horizonte de fe. Una crisis puede ser una prueba dolorosa, un proceso de maduración o de crecimiento, una « noche del sentido », pero si se deja la oración, se pierde la seguridad en Dios, para ponerla en nuestras débiles manos.

A veces, Hermanos que piden la reducción al estado laical dicen que han rezado mucho. Tampoco aquí quiero generalizar. Hay casos en que efectivamente es así. Pero en muchos otros, diría que en la mayoría, verdaderamente no se ha rezado. Se « ha razonado » quizá consigo mismo, buscando justificaciones racionales de una decisión ya tomada, pero no ha sido un verdadero ponerse « ante Dios » con una oración humilde, confiada, perseverante, paciente. Es un hecho innegable que el sacerdocio, como la vocación verdadera, no falla mientras no falla la oración.

(23) PABLO VI, *Insegnamenti di Paolo VI*, vol. VIII, p. 1019.

Para buscar el amor de Dios

Otro aspecto que debemos recordar es la necesidad de la oración para lograr lo que constituye siempre el *fin* de toda vida religiosa: la aspiración al *Amor de Dios*, la unión con Dios, la identificación amorosa y total con su voluntad, en una palabra, nuestra santificación.

Con nuestra profesión, nos hallamos comprometidos en un « *proceso de maduración espiritual* » (24). Este proceso, largo y fatigoso, en el cual intervienen muchísimos factores, debería llevarnos a lo largo de los años a adquirir una « *densidad* » *espiritual*, a ser « *hombres espirituales* » que « *saben de Dios* », en el doble sentido de « *conocer* » y de « *saborear* » a Dios.

Muchas veces, por desgracia, no es raro hallarse ante Hermanos, maduros ya en años, y hasta ocupando puestos de particular responsabilidad, que revelan una triste superficialidad, una especie de « *vacío interior* », como fuentes sin agua a las que ni los Hermanos jóvenes ni los fieles pueden acudir a apagar su sed: incapaces de ser guías espirituales, inexpertos en los caminos del Señor. ¿Cómo se explica este fenómeno, sino por la falta habitual de oración verdadera, de sincera búsqueda de Dios?

Nuestro querido Don Albera, refiriéndose a la oración mental, elemento importantísimo en esta maduración espiritual de que estamos hablando, escribe: « Este ejercicio, entendido en su sentido más amplio, es *no sólo moralmente necesario* (lo subraya Don Albera) para conservar la vida espiritual propia de un sacerdote, sino *absolutamente indispensable* en el progreso de la vida sobrenatural » (25).

Para realizar la misión salesiana

Alguno pudiera pensar que esta mi insistencia está un poco de más en esta hora de renovación, en que el CGE ha puesto expresamente el acento sobre la misión.

(24) *Docum. CGE*, n. 525.

(25) D. PAOLO ALBERA, *o.c.*, p. 443.

Pues, bien, desde esta perspectiva es indispensable la oración. Esta es la genuina « mens » del CGE, y nuestra constante tradición.

Nuestra misión salesiana, participación de la de la Iglesia, no agota su pleno significado con la exclusiva consideración de su contenido promocional, educativo, evangelizador, y de sus destinatarios preferenciales. Son elementos fundamentales, pero no la caracterizan totalmente. Su riqueza es más profunda y le viene de más lejos, de su dimensión teológica.

La misión, para ser verdaderamente tal, supone un « ser enviado » por parte de Dios, y, consiguientemente, tener conciencia de « enviado », es decir, tener el sentido existencial de « relación » con el que envía y de estar en dependencia de El, supone una continua « referencia » a Aquél del cual se es « enviado ». Nos encontramos, pues, ante un concepto profundo y riquísimo en consecuencias, que de un modo seguro libra el concepto de misión de toda veleidad horizontalista y lo ancla fuertemente en Dios, en una insustituible dimensión vertical. Sólo así nuestra misión participa de la de Cristo, único mediador y, por ello, modelo y paradigma de todo apóstol.

En los Evangelios, y en particular en el de San Juan, toda la vida y la acción de Jesús están, por así decir, inmersas en la categoría de « relación al Padre ». Como Hijo y como Verbo del Padre en la eternidad, como « Enviado del Padre » en el tiempo, es y vive como procedencia del Padre.

Este dato está siempre presente en su conciencia: « Ciertamente no he venido por mi arbitrio ... Mi doctrina no es mía sino de Aquél que me envió ... Mi manjar es hacer la voluntad del Padre ».

Esta fundamental referencia al Padre es una « constante » en la obra de Cristo; por eso vive en estado permanente de adoración y glorificación del Padre, de contemplación de su grandeza, de escucha de su voluntad.

De lo más hondo de su ser, dominado por el sentido del Padre con tal plenitud que hace de Cristo no tanto un adorador

y glorificador sino más bien una « adoración y glorificación » del Padre, brota su oración que, en correspondencia con la naturaleza humana asumida, se manifiesta y se actualiza en el coloquio íntimo con el Padre: éste es el misterio sublime y fecundo de la oración de Cristo.

La oración caracteriza el comienzo de su misión pública, separado del pueblo, en el desierto, donde no están más que el Padre y El; ella ilumina tantas de sus noches, prepara algunos momentos fuertes de su misión (como la elección de los Doce), precede los milagros más cargados del valor de « signo », se hace magisterio en el « Padre nuestro ».

La síntesis del ser y del obrar de Jesús orante la encontramos en la oración sacerdotal de la última cena: sentida plegaria de unidad, de vida y de amor por los suyos, generosa oblación de sí al Padre por todos, eucaristía e inmolación. Todo esto continúa, como dice San Pablo, en el Cristo Resucitado, « siempre vivo en continua intercesión por nosotros ante el Padre ».

Si es verdad — como se ha dicho con feliz expresión, recogida una vez también por Pablo VI — que Cristo ha sido « el hombre para los otros », es igualmente cierto que ha recibido del Padre la razón, la fuerza, el significado, el valor de su donación a los demás. Sin la referencia al Padre, su vivir para los otros resulta un hecho incomprensible, porque queda privado de su significado propio: la Redención quedaría totalmente vacía de valor.

A la luz de esta dimensión teológica es como se entiende la lectura del artículo de nuestras Constituciones que describe nuestra misión: los Salesianos « se proponen realizar, en la consagración religiosa, el plan apostólico del Fundador: ser, con estilo salesiano, los signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres » (26). De ello resulta la ineludible exigencia de una « presencia » continua y amorosa ante Aquel de quien debemos ser « transparencia », signo, demostración.

(26) *Const.*, art. 2.

Es, además, en lo que insiste el CGE: « Esta situación « mediadora » de todo apóstol y estas funciones suyas suponen una « consagración » por parte de Dios y exigen en él actitudes interiores muy precisas: intensa unión con Aquel que llama y disponibilidad para ser su instrumento » (27).

Idéntica conclusión sacamos si partimos del « contenido » de la misión. Es un contenido profundamente evangélico, y no se puede realizar adecuadamente si no es en una perspectiva espiritual. Se trata de colaborar directamente en la realización del « plan de salvación de Dios y la venida de su Reino », proponiendo a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, y perfeccionando el orden temporal con el espíritu del Evangelio. Por eso, « fieles a los fines del Fundador, *en toda nuestra actividad* educativa y pastoral, buscamos su progresiva semejanza a Cristo, el Hombre perfecto » (28).

También la función de promoción humana, que nunca va separada de la actividad evangelizadora, reclama la misma actitud interior (29).

Pero la dimensión fundamental de nuestra misión la constituye la actividad evangelizadora y catequística. « Como Salesianos, todos y en toda ocasión, somos educadores de la fe » (30). Y « educar para la fe es, ante todo, encaminar hacia la persona de Jesucristo, el Señor resucitado. *Nuestra ciencia más eminente ha de ser el conocerlo* y nuestra alegría más profunda, el revelar a todos las riquezas insondables de su misterio » (31).

Ante esta serie de graves afirmaciones, procede el preguntarnos: *¿Cómo se puede llegar, sin la oración, sin una profunda, enraizada, auténtica vida de oración, a actuar un proyecto así concebido y planteado?*

(27) *Docum. CGE*, n. 26.

(28) *Const.*, art. 17.

(29) *Docum. CGE*, n. 60.

(30) *Const.*, art. 20.

(31) *Const.*, art. 21.

Para ser maestros de oración

Pero hay algo más. Nuestra misión nos exige explícitamente que seamos « maestros de la oración ». « La primera expresión de la fe es la adoración del Padre « en espíritu y verdad ». El Salesiano *educa a la oración* como encuentro amoroso e íntimo con Jesús Salvador y con el Padre » (32).

En el documento sobre la renovación pastoral de nuestra acción entre los jóvenes, leemos: « *Hoy, más que nunca, debemos ayudar a los jóvenes a descubrir el valor comprometedor de la oración: ella robustece la fe, nos pone en actitud de escucha, de búsqueda y de adhesión al Espíritu, favorece la interiorización del hombre y une en comunidad con Cristo y en Cristo* » (33).

Una lógica evidente nos lleva a reconocer que, si hemos de ser maestros y guías de oración para los jóvenes, y para las almas en general, es necesario, ante todo, que seamos nosotros *hombres de oración*.

Nuestras Constituciones renovadas subrayan bien esta exigencia fundamental: « Nuestro estilo de trabajo y el trato con los demás nos *exigen reavivar continuamente la dimensión divina del compromiso apostólico*: “Sin Mí no podéis hacer nada”. El Salesiano vive siempre en actitud de continua escucha al Espíritu Santo presente en su vida » (34).

Y en otro lugar: « La misión salesiana *exige de nosotros un sentido profundo de Dios* y de su Reino... Nuestra vida religiosa, comprometiéndonos a adherirnos de manera radical “a Dios, amado sobre todas las cosas”, purifica y fecunda nuestro servicio apostólico. Nos ayuda a anunciar a Cristo, como Verbo de vida, *encontrado en una intimidad especial*, a reconocerlo y servirle en sus miembros » (35).

(32) *Docum. CGE*, n. 64.

(33) *Docum. CGE*, n. 372.

(34) *Const.*, art. 48.

(35) *Const.*, art. 70.

Para despejar toda duda sobre la relación íntima y vitalmente insustituible entre misión y oración, el documento sobre la « comunidad orante » hace esta declaración lapidaria: « *La oración ... es la base de nuestro servicio apostólico* a los hombres, nuestros hermanos, particularmente a los jóvenes más pobres y necesitados » (36).

En el centro de la tradición salesiana

Las explícitas declaraciones capitulares antes citadas concuerdan plenamente con nuestra más genuína tradición. Tampoco es necesario documentarlo mucho.

Todos sabemos cómo Don Bosco — definido como « la unión con Dios » — encontraba en esta continua unión con Dios, el secreto y la fuente de su inagotable e incansable caridad pastoral, y cómo hizo de la Religión pilar fundamental de su método educativo. Muy útil sería a este propósito releer el eminente estudio de nuestro querido Don Braido sobre el « *Sistema Preventivo* », o el de Don Caviglia sobre la « *Vida de Domingo Savio* », o el áureo librito de Don Ceria « *Don Bosco con Dios* », por citar sólo algunos.

Todos recordamos estas palabras de nuestro Padre: « El que se avergüenza de exhortar a la piedad, no es digno de ser maestro » (37); con sencillez, claridad y energía, sintetizan la exigencia de la misión salesiana.

Escuchemos a dos de sus sucesores, que vivieron con él y pudieron recoger el secreto de su método y de su misión.

Don Albera recuerda a los Salesianos que « todo el sistema educativo enseñado por Don Bosco se apoya sobre la piedad. Donde ésta no se practica, desaparecen la eficacia y el prestigio de nuestros centros, llegando a quedar incluso muy por debajo de los mismos

(36) *Docum. CGE*, n. 529.

(37) *M.B. X*, 1019.

centros laicos ». Recuerda también que no podemos enseñar la piedad si no « estamos nosotros abundantemente provistos de ella », y añade: « Daríamos a nuestros alumnos una educación incompleta, y el más ligero soplo de impiedad e inmoralidad apagaría en ellos los principios que con tantos sudores y largos años de trabajo hemos intentado imprimir en sus corazones. *Si el Salesiano no es sólidamente piadoso, no es apto para la misión de educador ...* Tengamos presente que no hay mejor elogio de un Salesiano que decir que es piadoso » (38).

El mismo Don Albera escribía diez años más tarde « Sería un error el que, llevados de un excesivo celo de santidad exterior, quisiéramos multiplicar las prácticas de devoción. Y *mayor equivocación* sería pasarnos al extremo opuesto, e, *interpretando mal la intención del Fundador*, defender la idea de que *para ser sus seguidores basta tener la pasión por la juventud*, la afición a la enseñanza y a la vida gozosa entre los jóvenes, *sino que exista una primera necesidad de ejercitarse activamente en la propia santificación* » (39).

Y el 24 de diciembre de 1930 escribía Don Rinaldi: « ¡Guardémonos bien de formar sólo buenos estudiosos y hábiles profesionales! La ciencia es buena y es necesaria: es la sal de la tierra; pero, ¡ay, si se corrompe! El día en que nuestra Sociedad contase entre sus miembros con muchos sabios de primera línea, pero no desarrollase su originario apostolado educativo, sería como un viejo castillo que por fuera presenta muchos vestigios de su antigua grandeza, pero dentro sólo hay ruinas » (40).

De estas citas y consideraciones se desprende una conclusión que se impone con la fuerza de un postulado básico: la oración es absolutamente necesaria para vivir y actuar la misión salesiana. Muy equivocado andaría quien pensase poder actuarla en un plano puramente sociológico o promocional, contentándose con una acti-

(38) D. PABLO ALBERA, *o.c.*, p. 35.

(39) D. PABLO ALBERA, *o.c.*, p. 442.

(40) D. FELIPE RINALDI, *Lettera Circolare*, ACS, 10 (1930), p. 922.

vidad, muy laudable y aparentemente provechosa, en favor de los necesitados, pero que no está vivificada por la unión con Dios. Una actividad, que no nace de la caridad pastoral auténtica, que no está sostenida por la oración. Tal actividad estaría claramente fuera de la línea de la verdadera misión salesiana. ¡Le faltaría el alma!

Queridos míos, sin pretender hacer un estudio profundo de estos temas, he insistido en ellos con la intención de que veáis la urgencia de la oración, su necesidad insustituible en nuestra vida y en nuestra misión salesiana.

3. Renovar nuestra oración

No basta intensificar la oración. Hay que « renovarla ». Para ello, nuestro Capítulo General Especial nos traza un programa completo. Son unas páginas ricas y densas que os ruego meditéis. Nos marcan un camino seguro y autorizado, en donde debemos inspirar nuestro « aggiornamento » y nuestra renovación espiritual.

No es mi intención repetir su contenido, pero permitidme haceros una llamada de atención sobre ciertos puntos concretos que en algunas partes he visto descuidados o infravalorados, y que considero de gran importancia para la vida salesiana.

Construir la comunidad con la oración

Como escribía en la presentación de las Actas del CGE, una de las « estructuras básicas » de la renovación es la construcción de la comunidad. Fiel a esta « línea », el CGE, cuando trata de la oración, pone el acento en la comunidad. El mismo título lo insinúa. Se habla de « comunidad orante », en vez de vida de oración del Salesiano.

¿Qué significa esta preferencia? Ante todo, que la oración es

en la vida salesiana « *una dimensión fundamental* » de la comunidad. Es a un mismo tiempo *expresión y fundamento*. La comunidad se expresa en cuanto tal, es decir, en cuanto comunidad religiosa, a través de la oración. Convocada por la Palabra de Dios, unida por los vínculos profundos de la común vocación, de la misión común, de la caridad difundida en nuestros corazones, la comunidad religiosa hace de la oración un momento insustituible de « introspección, dirigiéndose hacia Aquel que es la suprema justificación de su existencia ».

La oración, por otra parte, « construye » la comunidad. Esto lo hemos de afirmar, en primer lugar, de la Eucaristía, « sin la cual ninguna comunidad cristiana se edifica » (41); pero lo mismo se ha de decir de toda oración. En ella se « reaviva la conciencia de la íntima y vital relación con Dios » (42), crece el sentido de pertenencia y donación. Se vigorizan, con la presencia del Espíritu Santo, los dos ejes que sostienen toda comunidad, la fe y el amor.

De esta interrelación se sigue que la oración no es para la comunidad una cosa extrínseca, artificial o superpuesta, que se impone desde fuera como una fría obligación. Todo lo contrario. Es movimiento vital, intrínseco, esencial; es su aliento, *sin el cual no existe verdadera comunidad religiosa*.

En este sentido, debemos defender las « prácticas de piedad » de dos peligros: el formalismo, que las reduce a simples comportamientos externos, y el juridicismo. No se las puede tratar a la ligera, arbitrariamente, suprimiéndolas o cambiándolas fácilmente y sin motivo. Marcan un ritmo de oración que la Congregación sostiene como necesario y vinculante, en la revisión hecha por el CGE.

La forma persuasiva que usan las Constituciones y Reglamentos no significa disminución del compromiso que como hombres adultos hemos tomado en nuestra profesión. La « creatividad »

(41) *Presbyterorum Ordinis*, n. 6.

(42) *Const.*, art. 58.

de que hablan los Reglamentos (43) no se debe interpretar como facultad de suprimir o sustituir las prácticas de piedad que claramente prescriben las Constituciones o los Reglamentos. Es una llamada a la corresponsabilidad y al espíritu de iniciativa, con el fin de prevenir y superar el peligro de la « rutina », del automatismo.

Hago, pues, un caluroso llamamiento a todos, especialmente a los Inspectores, a quienes está confiada de modo especial « la animación de la vida religiosa » (44), y a los Directores, que tienen « una responsabilidad especialísima en la vida de oración » (45). Procuren despertar en los Hermanos, de la manera más conveniente y eficaz, « la necesidad y el gusto de la oración ». Establezcan en cada Comunidad las condiciones adecuadas, comenzando por el horario más oportuno para la comunidad, *tutelando, así, el derecho a orar de cada Hermano* (46). Y, cuando sea necesario, no dejen de amonestar, con gran caridad y con no menor claridad, a los Hermanos que omiten la oración o que desertan de hacerla comunitariamente.

Es verdad que somos adultos, y cada uno tenemos nuestra responsabilidad personal. Pero, como religiosos, hemos adquirido compromisos especiales de vida comunitaria, y, como adultos, no procede sino cumplirlos con exactitud. Entre ellos está la oración, que no es un compromiso meramente privado. El CGE recuerda el deber de cada miembro de « contribuir, hasta con el simple hecho de la presencia física, en los diversos tiempos comunitarios de oración. La presencia tiene siempre un valor de testimonio y de recíproco estímulo » (47).

(43) *Regl.*, art. 45.

(44) *Const.*, art. 168.

(45) *Const.*, art. 182.

(46) *Docum. CGE*, n. 526.

(47) *Docum. CGE*, n. 526.

La Eucaristía: momento central

La Eucaristía debe ser siempre para nosotros centro y culmen de la vida de piedad (48), raíz, quicio, fundamento y expresión de la comunión fraterna (49), manantial y sustento y motor del compromiso apostólico.

« Con espíritu de *fidelidad a la constante tradición de nuestra Familia* », el CGE nos invita a « *reconquistar*, en la riqueza de una visión renovada según el Vaticano II, la *centralidad* de la Eucaristía en nuestra vida personal y en la de nuestra comunidad apostólica como educadores de la juventud » (50).

Esto debe representar un *compromiso real* para todo Salesiano y para toda Comunidad. Requiere, en primer lugar, un examen y autocrítica valiente y humilde, y una conversión. Me permito haceros presentes algunas situaciones, de las que tengo noticia, y que *contrastan abiertamente* con nuestra tradición y con las recientes deliberaciones capitulares.

Es obligado decir también que en muchas Comunidades se ve un notable resurgimiento para celebrar debidamente la Eucaristía. Se preparan y se interpretan convenientemente los cantos, la proclamación clara y distinta de la Palabra y las ceremonias dignas y precisas.

Lo lamentable es que en otras no se ve ninguna renovación; las exhortaciones capitulares peligran de quedar en letra muerta.

En no pocas Comunidades la Eucaristía no tiene su momento central: no hay una Misa que reúna a toda la Comunidad. La concelebración, cuando habría posibilidad de hacerla, encuentra resistencias que no nacen de razones válidas, sino de ciertos prejuicios y prevenciones. Y así, buen número de sacerdotes se contentan con una celebración apresurada en el primer momento libre de la jornada, que no siempre es el más favorable

(48) *Docum. CGE*, n. 525.

(49) *Presbyterorum Ordinis*, n. 5b; *Christus Dominus*, n. 30.

(50) *Presbyterorum Ordinis*, n. 6e; *Perfectae Caritatis*, n. 15.

al recogimiento. De otros se oye decir que, bajo diversos pretextos, omiten con frecuencia, cuando no habitualmente, la celebración de la Misa. Y los Hermanos no sacerdotes deben frecuentemente « arreglárselas », cuando no deciden, también ellos, hacer de la Misa un encuentro de *ritmo semanal*.

A este cuadro nada confortante se puede añadir alguna pincelada más: un abuso manifiesto en suprimir, inventar, alterar las normas que regulan la celebración eucarística, en evidente contradicción con cuanto prescribe claramente la Iglesia (51).

Hay Casas, en fin, destinadas a acoger adecuadamente la « comunidad de vida », donde no queda lugar para el SS. Sacramento, o ni siquiera existe la capilla. ¡No se siente esta necesidad!

Estos hechos, que espero representen sólo un número reducido de casos, son la *negación del ideal salesiano*, y, lo digo con viva pena, nunca serán fuente de renovación ni de fecunda vitalidad apostólica.

Urge, pues, con valor y entereza, poner oportuno remedio a este estado de cosas, que está en clara contradicción con la voluntad del CGE, y que más parece un estado de enfermedad preagónica que el renacimiento espiritual de una Comunidad de consagrados.

Preferencia de la oración litúrgica

En justa consonancia con la renovación litúrgica, el CGE ha propuesto a todos los Salesianos algunas partes de la *Liturgia de las Horas* como oración oficial de la Comunidad. Las Constituciones aclaran que, para participar en la oración con que el Pueblo de Dios se une a Cristo, la Comunidad « *da preferencia* a esta oración (*Liturgia de las Horas*) y la celebra con la dignidad

(51) *Docum. CGE*, n. 542.

y el fervor que Don Bosco recomendaba a sus hijos » (52). Y en los Reglamentos se lee: « Los Socios celebrarán, a ser posible en común, los Laudes, como oración de la mañana, y las Vísperas, como de la tarde » (53).

Es ésta una notable innovación, y comprendo bien la dificultad que pueden tener Hermanos de edad para adaptarse a ella. Se ven invitados a dejar unas oraciones sencillas que de toda la vida estaban habituados a rezar en la Congregación, y las consideraban como el jugo de nuestra tradición espiritual.

Para superar esa posible desazón interior, y al mismo tiempo apremiar a las Comunidades rezagadas en la aplicación de estas deliberaciones de CGE, pensad que el cambio introducido responde a una voluntad de la Iglesia bien manifiesta en los « *documentos oficiales* » de su magisterio, y voluntad, también, precisa de la Congregación, formulada por su máximo órgano deliberativo.

Es el caso de recordar aquí la fidelidad de Don Bosco y su prontitud para secundar aun los simples deseos de la Sede Apostólica.

En la Constitución Apostólica *Laudis Canticum* Pablo VI presenta la « Liturgia de las Horas » como un « *complemento necesario*, mediante el cual, la sublime riqueza del culto divino contenida en el sacrificio eucarístico, rebosa y se extiende a cada una de las horas de la vida humana » (proemio). Por lo cual, es muy de desear que (esa sobreabundancia) *inunde, vivifique, guíe y exprese todas las manifestaciones de la vida cristiana*, y nutra eficazmente la vida espiritual del Pueblo de Dios » (54). Así pues, la « Liturgia de las Horas » es propuesta para todos los fieles, aun para aquellos que no están obligados por precepto a recitarla » (55).

(52) Cfr. *Tercera Instrucción para la exacta actuación de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, ACS n. 262, Octubre 1970.

(53) *Const.*, art. 60.

(54) *Regl.*, art. 44.

(55) *Laudis Canticum*, n. 8.

Más explícitamente dice la « *Institutio generalis de liturgia Horarum* » del 1971: « También a los religiosos y religiosas que no están obligados a la celebración en común, así como a los miembros de todos los Institutos de perfección, *se recomienda vivamente unirse en común*, o con el pueblo, para celebrar esta liturgia o alguna parte de la misma » (56).

Pablo VI recomienda en la « *Laudis Canticum* » adherirse no como por la obligación de una ley que hay que observar, « sino por la evidencia de su íntima belleza y por su utilidad pastoral y ascética. Mucho es de desear que la oración pública de la Iglesia brote para todos como fruto de la renovación espiritual, y como consecuencia de reconocer esta necesidad interna de todo el Cuerpo de la Iglesia, la cual, a semejanza de su Cabeza, no puede definirse sino como “Iglesia orante” » (57).

Para que, lejos de ser meramente mecánica, la recitación de la Liturgia de las Horas sea fructuosa, exigirá, naturalmente, una adecuada preparación y formación para conocer mejor los salmos y penetrar su sentido. Conviene que los superiores responsables provean a ello oportunamente a través de reuniones, conferencias, lecturas y libros.

Es una situación nueva que presenta sus dificultades, pero ciertamente las superaremos si estamos convencidos de que es el camino que nos indica la Iglesia, de la que queremos ser hijos dóciles.

Tengo la seguridad de que en ésta, como en otras disposiciones, todos los Hermanos, jóvenes y menos jóvenes —como felizmente hemos visto en muchas comunidades— en un clima de comprensión mutua, de discreción, de obediencia y de caridad, sabrán encontrar el modo de ponerse en la línea indicada por el CGE, eco fiel de la voluntad de la Iglesia.

(56) *Institutio generalis de liturgia horarum*, n. 26.

(57) *Laudis Canticum*, n. 8.

De capital importancia: la meditación

Constituye un momento fundamental en nuestro ritmo de oración. Don Ceria, refiriéndose al período de fundación y puesta en marcha de la Congregación, recuerda estas palabras preciosas de Don Bosco: « En aquel entonces la Congregación no se hubiera podido fundar cumpliendo todas las reglas normales... Si por querer llevar todo con perfección yo me hubiera limitado a un círculo pequeño, no hubiera obtenido nada... *En el programa de normalización, la piedad representaba la piedra fundamental del edificio religioso, y en la piedad hay dos prácticas de importancia capital: los ejercicios espirituales y la meditación diaria* » (58).

Hubiera sido un error considerarla ajena a nuestro estilo y tradición. Bien es verdad que, prácticamente, fue obligatoria para los Socios sólo a partir de 1874 (59), pero desde entonces siempre ha sido considerada como práctica fundamental.

Don Albera, en la citada Circular de 1921, escribe: « Quizá alguno piense que un Salesiano no debe apuntar tan alto (a la oración que él llama "afectiva") y que Don Bosco no quería esto de sus hijos... *Pero yo os puedo asegurar* que su aspiración fue siempre ver a sus hijos elevarse, por medio de la meditación, a esa unión con Dios que era habitual en él, y no desaprovechó ninguna ocasión de estimularles a ello » (60).

Don Rinaldi habla de la meditación como de « un medio diario indispensable para la vida religiosa, como el alimento para la vida del cuerpo »; y lo confirma con el ejemplo de Don Rua, a quien se preguntó una vez « cómo hacía para mantenerse recogido en medio de tantos viajes, visitas y ocupaciones », y respondió: « Busco la manera de ingeniarme: una buena meditación por la mañana, pensamientos fuertes, voluntad férrea... ». « Debe-

(58) M.B. XI, 272.

(59) M.B. XI, 27.

(60) D. PABLO ALBERA, o.c., p. 444.

mos estar persuadidos, seguía Don Rinaldi, de que *sin la meditación bien hecha, el Salesiano corre gravísimo riesgo de trabajar como un simple asalariado*, y tal vez (¡Dios no lo quiera!) de perder la vocación. Por desgracia, no faltan ejemplos que lo confirman. ¡Infeliz quien no se quiera convencer! » (61).

El CGE confirma el valor de esta tradición. En las Constituciones renovadas se llama a la oración mental « *una forma esencial* » de oración personal, que « *nutre nuestra intimidad con Cristo y con el Padre, nos defiende de la rutina al despertar en nosotros el amor, conserva el corazón libre y alimenta nuestra entrega al prójimo. Para Don Bosco es garantía de gozosa perseverancia en la vocación* » (62).

Para que la meditación pueda producir estos preciosos frutos, es necesario *hacerla, y hacerla bien*: dos cosas en las que falta mucho por hacer, y acaso también algo por corregir. Con tristeza oigo decir que, aun después del CGE, hay Hermanos que, con distintos pretextos, no hacen meditación. Otros rehuyen el hacerla en común y, envueltos todo el día por las prisas del trabajo, les llega la noche sin haber atendido a esta exigencia de la propia vida espiritual. Para otros la meditación se reduce a una « mera presencia física » o —como alguno ha dicho con un poco de ironía— a una « lectura con pausas de distracciones ». Me sentiría feliz si estuvieran demasiado cargadas las tintas de este cuadro, pero, por cuanto me consta, es éste uno de nuestros puntos débiles, uno de los fallos más peligrosos de nuestra vida de oración. Admito que para nosotros pueda ser más difícil este tipo de oración, pero no es menos necesario. La alergia y el abandono de la meditación pueden ser la denuncia de una quiebra espiritual, de un tremendo vacío interior.

El mismo *argumento de la meditación*, el texto, debe escogerse con esmero. Veo con agrado se sigue la recomendación de

(61) D. FELIPE RINALDI, *Lettera Circolare*, ACS, (1926), p. 458.

(62) *Const.*, art. 64.

la Iglesia y se usa bastante la Sagrada Escritura. Pero tened presente, que aun tratándose de ella, no basta una lectura superficial, hecha de cualquier modo. Se necesita preparación, estudio.

Y ya que tratamos esto, sobre las modalidades de la meditación os recuerdo que siempre debe ser *verdadera meditación*, es decir, « diálogo de amor profundo con Dios », « encuentro en la intimidad ». La meditación siempre es « oración mental » que se manifiesta « en lo secreto » ante Dios. No basta, por lo tanto, una buena pausa después de una homilía de cinco minutos, o una comunicación cualquiera de experiencias, que, en la mayoría de los casos, se hace a nivel superficial, o un análisis sociológico de la situación ... A veces, detrás de todo esto se puede esconder un narcisismo espiritual que es como poner un diafragma opaco a la comunicación con Dios.

Le devoción mariana es actual

No es el fin de esta carta hacer una revisión de las diversas formas de orar. Pero no puedo dejar de decir una palabra sobre la devoción a la Santísima Virgen.

No hace falta que os diga cuán arraigada está en nuestra tradición salesiana. Ya hemos lamentado en otras ocasiones cierta frialdad que se da en muchos en la Devoción a la Virgen. Tal vez estemos ante una reacción contra algo que algunos consideran poco fundado o demasiado sentimental.

El CGE reafirma decididamente la actualidad y esencialidad de la devoción a María para la Familia Salesiana: « La larga e ininterrumpida tradición mariana de nuestra Familia, fundada en la persuasión de que « María lo ha hecho todo » porque Ella es la « Fundadora y Sostenedora » de nuestra obra, *deberá seguir distinguiendo la espiritualidad y la mística apostólica* de los hijos de Don Bosco » (63).

Y las Constituciones: « Alimentamos una devoción r cica y filial hacia Ella. María Inmaculada nos forma para la plenitud de la consagración; Auxiliadora de los cristianos, nos da ánimos para servir al Pueblo de Dios. La Comunidad celebra con fervor las fiestas marianas y estimula a todos a imitarla con decisión convencida y personal » (64). Y los Reglamentos prescriben como oración específica: « Los Socios *rezar n diariamente* el rosario, en el que María enseña a sus hijos el modo de unirse a los misterios de Cristo » (65).

Después de esta clarísima posición del CGE, no creo que sea necesario añadir muchos más argumentos para moveros a rendir cada día este homenaje a nuestra Madre. Permitidme, no obstante, transcribir un párrafo del conocido gran teólogo Karl Rahner: « Cuando (el cristiano) haya comprendido que el rosario puede ser la oración, simple y al mismo tiempo sublime, de la mística de cada día; y cuando su vida espiritual adquiera bastante desarrollo y vigor como para convencerse de una manera existencial de la verdad dogmática e importancia objetiva de la Virgen para cada persona, entonces amar  el rezo diario, según sus posibilidades, de una parte del rosario. Considerar  esta oración como una pequeña parte de todo lo que él debe orar por la salvación del mundo. Naturalmente, este desarrollo puede también seguir un proceso inverso: recitando el rosario, se va aprendiendo el espíritu con que se debe rezar » (66).

Transformar la vida en oración

La oración, como encuentro y diálogo profundo con Dios, supone una disposición interior que es el alma de la oración, que le da valor y la salva del formalismo, del ritualismo, de la *rutina*,

(64) *Const.*, art. 65.

(65) *Regl.*, art. 47.

(66) K. RAHNER, *Saggi di spiritualité*, ed. Paoline, Roma, 1965, p. 197.

en una palabra, de reducirla a « pura observancia » exterior.

Esta disposición espiritual no es automática, sino que requiere, además de los indispensables presupuestos de voluntad, de fe, etc, un determinado clima favorable, un ambiente, una preparación.

Se necesita ante todo un *ambiente externo* apto. A él se refieren los Reglamentos cuando proponen que « para favorecer el *clima de recogimiento*, de oración ... cada Comunidad establezca los tiempos de *oportuno silencio* » (67).

No se trata de convertirnos en « monjes ». Es, sencillamente, una elementalísima exigencia para quien desea encontrarse con Dios en profundidad. Don Bosco lo exigía ya en la vida del Oratorio. Y confesaremos que hoy es tanto más necesario cuanto más intenso es el asedio de imágenes y de impulsos violentos, de todo tipo, a los que continuamente nos someten los medios de comunicación. Amenazan convertir nuestro corazón en una especie de plaza en día de mercado, expuesta al ir y venir y amontonarse de imágenes, sonidos, emociones, sensaciones, que nos mantienen ocupados en un nivel superficial y nos hacen difícil cualquier atención en profundidad: nos impiden, en suma, *pensar*.

El CGE nos llama al « *silencio de todo el ser*, que no consiste simplemente en una ausencia de ruido y de palabras, sino que nace de la necesidad que tenemos de avanzar siempre más y más en la intimidad con Dios, “sumamente amado”: un silencio que nos ponga en condiciones de escuchar verdaderamente a Dios y de identificarnos con su designio de redención » (68). La *Evangelica Testificatio* lo considera necesario « para aquellos que deben encontrar a Dios en medio del bullicio » (69).

Es, pues, necesario en la Comunidad un *clima de paz y de serenidad*, de comunión fraterna vivida por encima de las tensiones en una sincera y humilde aspiración a la comunión con Dios. Las

(67) Regl., art. 35.

(68) Docum. CGE, n. 552.

(69) *Evangelica Testificatio*, n. 46.

divisiones, los rencores, los odios cortan las alas de la oración. El esfuerzo sincero y constante por parte de todos los miembros para que la comunidad sea verdaderamente fraterna, es condición para una verdadera oración que haga crecer en la amistad con Dios. Pero al mismo tiempo es fruto gozoso, en la paz y serenidad, de la oración humilde de corazones unidos en la caridad.

En el aspecto personal es igualmente indispensable un *clima interior*, hecho de fe abierta y vigilante, de humildad y paciencia, para saber perseverar en la presencia de Dios también cuando El permanece en el silencio y no percibimos ninguna respuesta a nuestros intentos de diálogo; hecho que, cuando Dios permite que se prolongue, resulta doloroso por demás, como atestigua una abundante experiencia de hombres de oración. Entonces se hace más necesario intensificar la fe y la perseverancia para no abandonar la oración.

Se necesita, asimismo, un *corazón libre*, corazón de pobre, disponible, abierto a Dios y desprendido espiritualmente de todo y de todos.

Todo esto exige y presupone una *ascesis*, una mortificación vigilante y continua, para ponerse sin desmayo una y otra vez al trabajo del propio dominio y abrirse a horizontes de eternidad; una mortificación que nos haga libres y transparentes, para « ver » al Señor en la oscuridad de los acontecimientos y abrirnos a El.

La liturgia de la vida

La oración del Salesiano no se debe limitar a las « pocas prácticas de piedad » determinadas oficialmente por las Constituciones o los Reglamentos. Estos indican un mínimo institucional. La vida del Salesiano necesita mucho más. Necesita una oración explícita privada, personal, para manifestar su originalidad de hijo de Dios, y una oración implícita que *se compendia y expresa* en la vida apostólica. « El Salesiano —leemos en las Constituciones— tiene pocas prácticas de piedad, pero ora sin cesar, en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo, con el Padre a quien siente cercano,

con María que es su auxilio. De esta manera, puede ser contemplativo en la acción y realizar, como Don Bosco, la unión con Dios » (70).

Se verifica, así, la proyección de la liturgia en la vida, querida por la Constitución Apostólica *Laudis Canticum* cuando dice: « Cuando el rezo del Oficio Divino se hace verdadera oración personal, más evidentes se presentarán también los lazos que unen la liturgia con toda la vida cristiana. Pues, la vida entera de los fieles, a lo largo de las horas del día y de la noche, es como una *leiturbghia*, en la que se dedican al ministerio de amor a Dios y a los hombres, uniéndose a la acción de Cristo, que con su vida entre nosotros y con la ofrenda de sí mismo ha santificado la vida de todos los hombres » (71).

En este concepto de « liturgia de la vida » vemos retratado a Don Bosco, que en su vida realizó la síntesis de contemplación y acción, y que no consideró el trabajo apostólico en sí como *alienante*, sino como « ejercicio de caridad », y, por eso mismo, como medio eficaz de santificación para sus hijos.

Esta es la perspectiva en que debemos ver la insistencia de nuestro Padre sobre el *trabajo* como característica e ideal de su Congregación.

La oración implícita del trabajo

Ya en 1869 Pío IX había dicho a Don Bosco: « Yo pienso que está en mejores condiciones una Casa religiosa donde se reza poco y se trabaja mucho, que otra Casa en la que se hacen muchos rezos y no se trabaja nada o se trabaja poco » (72).

En la primera relación a la Santa Sede sobre el estado de la Congregación, constataba Don Bosco: « El trabajo supera las

(70) *Const.*, art. 48.

(71) *Laudis Canticum*, n. 8.

(72) *M.B.* IX, 566.

fuerzas y el número de los individuos; pero ninguno pierde el ánimo, y *parece que la fatiga es como una sobrealimentación* » (73).

Don Bosco veía el ideal de la Congregación en este *trabajo sin descanso hecho por obediencia*. En 1875, hablando a los Directores, constataba: « el trabajo es inmenso y se trabaja de corazón ». Visitando las Casas « más que el trabajo, lo que le agradó fue el espíritu con que se trabajaba », y decía: « *Me parece la propia realización del ideal que yo me había formado para la Congregación*. Porque además de trabajar mucho, todo se hace con espíritu de obediencia y de disponibilidad » (74).

Una de sus últimas recomendaciones a Mons. Cagliero, cuando en la noche del 24 de diciembre de 1887 bajaba a celebrar la Misa de medianoche, fue ésta: « Te encargo digas a todos los Salesianos que *trabajen con celo y téson. ¡Trabajo! ¡Trabajo! ¡Trabajad siempre sin descanso en la salvación de las almas!* » (75).

He querido abundar en estas citas para recalcar el puesto del trabajo en nuestra vida, y recordar que para los Salesianos no es cuestión de hacer una « vida, tranquila y recogida, de oración », como una razón para no trabajar o trabajar menos; para que no veamos en el trabajo una oposición a la vida espiritual, como si fuera un enemigo o una realidad periférica sin conexión con ella.

Cuanto dice el *Perfectae Caritatis* (76) sobre la compenetración entre vida religiosa y vida apostólica, es para nosotros un principio, lo decimos sin sombra de vanidad, de familia, connatural.

Sin embargo, si miramos a nuestra experiencia, el peligro hoy para nosotros Salesianos no se encuentra en esta dirección. Si falta entrega al trabajo, no es precisamente para dedicarse a la oración. Tal vez sea más real la tentación contraria, la de prescindir de la oración.

(73) M.B. XIV, 218.

(74) M.B. XI, 29.

(75) M.B. XVII, 493.

(76) *Perfectae Caritatis*, n. 8.

No siempre el trabajo es oración

Por efecto de ciertas doctrinas mal interpretadas, a las cuales se añaden las demás dificultades propias de la oración (apuntadas al comienzo de la carta) y por el volumen apremiante de trabajo, se puede agudizar la tentación de eliminar prácticamente la oración explícita, con la pretendida justificación de que la vida apostólica es ya de por sí una oración suficiente, y que para el apóstol la santificación se halla en la acción.

Si el trabajo es oración —razona alguno—, ¿para qué hacer otra clase de oración, que emplea un tiempo que se podría dedicar al trabajo? ¿no se hace más presente Dios en un servicio a los hermanos pobres, en una entrega a la causa de los oprimidos, que en una oración, la cual —continúa alguno—, en definitiva, se reduce a un monólogo sin respuesta?

Según estas razones, la verdadera liturgia cristiana consistiría en el cumplimiento práctico del precepto del servicio al hermano y en el amor recíproco.

Reconozco que el equilibrio de la eterna « tensión » entre trabajo y oración representa —no en la teoría, donde es fácil armonizarlos, sino en la realidad de cada día— un difícil problema. Pero querer resolverlo eliminando uno de los dos polos de tensión, apoyándose en pseudorrazones teológicas desaprobadas y desmentidas por el magisterio, es un engaño funesto. Así queda también señalado en la constataciones hechas al respecto en el Congreso de los Superiores Generales.

Frente a estas actitudes más o menos radicales, digamos enseguida sin vacilar que tal modo de pensar *no está en la línea salesiana*. No debemos favorecer tal separación entre trabajo y oración, como si se tratase, para nosotros, religiosos de vida activa, de dos realidades inconciliables. Sabemos bien que, de por sí, el quehacer de la vida diaria no debería constituir un obstáculo para la oración y una fuente de distracciones, sino un aliciente y una ayuda. En lugar de distraernos, deberían servirnos para rezar mejor, haciéndonos abrazar, en la oración y en la oferta a Dios,

todo ese mundo que pasa por nosotros, las cosas y los sucesos.

En la práctica, sin embargo, el servicio a los hermanos puede bien fácilmente hacernos perder la necesaria dimensión vertical, el enlace con lo alto, y quedar reducido a un achatado y estéril horizontalismo.

No basta una actividad hecha de cualquier modo para que sea oración. Requiere sus condiciones. Podemos decir, con una fórmula antigua pero certera, que nuestra acción debe tener « pureza de intención », debe estar hecha según la voluntad de Dios, dentro de la obediencia, por tanto, y no por propia cuenta y de propia iniciativa, fuera o en contra de las exigencias y necesidades de nuestra misión, o contra la voluntad de la misma Comunidad; y debe ser, en la fórmula salesiana, « vivificada por la unión con Dios », y debe « proceder de la íntima unión con El » (77).

Si falta la unión directa con Dios, el trabajo, aunque sea de índole apostólica, resulta estéril en nuestras manos y se convierte en causa de empobrecimiento espiritual. No bastan las teorías teológicas para cambiar lo que demuestra una larga experiencia de la historia de la Iglesia.

La característica sobriedad en las prácticas de piedad querida por Don Bosco, hay que interpretarla no como un minimismo relajado, sino en referencia de su contexto. Y en este contexto está la riquísima e intensa atmósfera sobrenatural del Oratorio de Valdocco, irradiación de la santidad de Don Bosco y resultado del ambiente de fervor que él había creado entre los jóvenes, en el cual Dios era, indiscutiblemente, el centro de todo.

El « trabajo a lo Don Bosco » es medio de santificación

El trabajo, la actividad infatigable que Don Bosco quiso para sus hijos, es un medio de santificación, y no se concibe sin la

(77) *Perfectae Caritatis*, n. 8.

dimensión espiritual que lo penetra y le da el verdadero sentido y el gusto apostólico.

Los primeros sucesores de Don Bosco, formados en su escuela de vida e impregnados de su espíritu, son unánimes en esta doctrina, y no se cansan de remachar estos principios que están en la raíz de la vocación salesiana.

Don Albera, pocos meses después de ser nombrado Rector Mayor, dirigía a los Salesianos una Circular « Sobre el espíritu de piedad »: « Hablándoos con el corazón en la mano —escribía—, os confieso que no puedo verme libre de un pensamiento y temor doloroso: que esta ensalzada actividad de los Salesianos, este celo que hasta hoy parece inasequible al desaliento, este caluroso entusiasmo que hasta aquí se ha visto mantenido por continuos buenos resultados, vengán a desaparecer un día, cuando no estén fecundados, purificados, santificados por una verdadera y sólida piedad » (78).

Don Rinaldi, apenas elegido Rector Mayor, se apresuró a solicitar de Pío XI la indulgencia del trabajo santificado, como « estímulo eficaz que ayudase (a los Salesianos) a ser cada día más activos, y a la par más unidos al Señor » (79).

Transformar la vida en oración supone una sólida unión con Dios. Sólo cuando ésta se da, podrá disminuir la oración explícita, pues ese trabajo transformado en oración sale de muy hondo, donde el alma se pierde en Dios. Sólo entonces la oración viene a ser « una especie de suave acorde de fondo que se destaca sobre la melodía caótica de las ocupaciones diarias, apenas llega una breve pausa » (80).

Para nosotros continúa siendo un vértice, un ideal hacia el cual aspirar, todavía no conseguido plenamente; por eso, estas verdades no deben ser pretexto para privar a nuestra alma del alimento que le puede dar ese encuentro con Dios.

(78) D. PABLO ALBERA, *o.c.*, p. 29.

(79) D. FELIPE RINALDI, *Lettera Circolare*, ACS, 3 (1922), p. 16.

(80) U. V. BALTHASAR, *Punti fermi*, Milano, 1972, p. 205.

Seamos protagonistas de la renovación

Queridos, antes de terminar esta carta, quiero volver a una idea que hemos tocado al principio. En este momento toda la Congregación se halla movilizada para la tarea delicada, difícil y urgente de la *renovación*. El futuro —no intentamos ocultárnoslo— presenta interrogantes que hacen pensar. Muchos, ante el inmenso trabajo que hay que realizar, no saben por dónde empezar. Otros, desalentados por diversas dificultades y por la limitación de las propias posibilidades, parecen resignados a renunciar a todo esfuerzo por salir de ciertas situaciones, manteniendo las posiciones lo menos mal posible, sin ningún impulso ni vitalidad.

Ante el reto que nos lanzan la historia y nuestros tiempos, difíciles pero prometedores como una primavera que se prepara, os invito a escuchar la voz de otro sucesor de Don Bosco. Las circunstancias en que él habló, no eran menos difíciles que las nuestras. Era al final de la primera guerra mundial, después de tantas destrucciones materiales, con una sensible disminución del personal, con muchas vocaciones perdidas, y ante un horizonte dramáticamente oscuro.

Don Albera, en aquella ocasión, hablaba así a los Salesianos: « Seremos hombres de poca fe si nos dejamos vencer por el desaliento. Demostraremos ignorar la historia de nuestra Pía Sociedad, si ante las dificultades que parecen querer cerrarnos el camino, nos detuviésemos desesperanzados. ¿Qué diría desde el cielo nuestro dulcísimo Padre, si nos viese abatidos y desanimados porque somos menos numerosos, sin seguir cultivando el campo que la Providencia ha designado a nuestra actividad? No olvidéis que Don Bosco nos reconocerá como verdaderos hijos, sólo si nuestro *temple* y nuestra *fuerza son equivalentes a las dificultades que tenemos que vencer*.

« El temple y la fuerza que necesitamos, debemos *sacarlos, ante todo, de la piedad*. Si siempre he creído *un deber insistir en ello, ahora me siento más obligado a hacerlo* » (81).

De Comunidad orante a Comunidad de hermanos

Carisísimos, las dificultades en que nos hallamos no os son desconocidas y no vamos a quitarles valor. Pero tengamos bien presente que los intereses y valores que están en juego son tales, que nos comprometen con todas nuestras energías, como personas individualmente, como superiores responsables en los diversos niveles, como miembros de una Comunidad que amamos con todas las fibras del corazón en sus diferentes dimensiones. Se trata de la Familia que nosotros hemos escogido, de nuestra Familia, que nos ha alimentado y formado en todo sentido, y que hoy necesita nuestro contributo para renovarse y fortalecerse, ante todo, en la fe y en la oración. Y nosotros tenemos la capacidad y las posibilidades de darlo.

Tenemos la seguridad de dos cosas. De que en la Congregación hay un grande, sincero y activo amor por ella; hay muchos Hermanos, magníficos en todo sentido, trabajadores y humildes, ricos de fe y amantes sinceros del buen Dios: son una fuerza viva y poderosa, que actúa sin rumor, con eficacia, realizando la misión heredada de nuestro Padre. Y de que existe una misión que todos reconocemos actual, hoy más que nunca: lo demuestran las peticiones de ayuda y colaboración, especialmente de los países donde la juventud aumenta, con urgente necesidad de quien la eduque y la promocióne y la evangelice.

Muchos motivos nos asisten para mirar con confianza el mañana, a condición de que, como Don Bosco nos enseñó, “nos subamos las mangas”, comprometiéndonos a ser protagonistas activos, en primer lugar, de la renovación fundamental que condiciona toda otra renovación: la espiritual personal y comunitaria.

Ha transcurrido un año desde la clausura del Capítulo General Especial. En este tiempo se han desarrollado la mayor parte de los Capítulos Inspectoriales. Pues bien. El 1973 debe encon-

trarnos a todos y cada uno férvidamente dispuestos a actuar, obrar y ejecutar en el ámbito de nuestras misiones y responsabilidades (82).

Concretamente, los Consejos inspectoriales y locales y cada Comunidad, estudien, prácticamente y con método, los modos, los medios y los momentos de llevar a efecto la transformación de nuestras Comunidades, para que cada una de ellas sea verdadera Comunidad orante y, por eso mismo, sea también auténtica Comunidad fraterna. Les podrán servir las ideas y sugerencias contenidas en esta carta, teniendo presentes las Constituciones y Reglamentos, y a la luz de las deliberaciones y orientaciones del CGE y de los Capítulos Inspectoriales.

Ser *comunidad fraterna* es un elemento cardinal, es una necesidad que surge de la misma naturaleza de nuestra vida y de nuestra vocación. Por eso, todos, jóvenes y menos jóvenes, de una mentalidad o de otra, debemos unirnos en esta empresa, superando ciertos estados de ánimo, convencidos de que todos tenemos nuestros límites y nuestros excesos, de que todos necesitamos integrarnos. Un poco de humildad y de realismo nos harán comprender estas afirmaciones, nos llevarán a las aplicaciones prácticas (ya facilitadas por las deliberaciones y claras orientaciones del CGE, inspiradas siempre en las de la Iglesia). Nos ayudarán a mirar a Don Bosco, en el cual todos debemos encontrarnos.

La Comunidad encontrará el sentido auténtico y gozoso de la fraternidad, sólo en la *vida de fe y de oración*, especialmente en la Eucaristía. Sólo este alimento de la caridad, asimilado por todos los miembros, hará que la Comunidad sea fraterna y apostólicamente fecunda.

Ante nosotros tenemos, pues, el camino de la renovación, de la reconstrucción, de la cual debemos y queremos ser, con nuestra vida, activos y fervientes artífices. Nos lo confirma reiteradamente

(82) *Docum. CGE*, p. 22.

—con afirmaciones perentorias— el Capítulo General Especial: « Para actuar la renovación necesaria no bastan los historiadores, ni los teólogos ni los políticos ni los organizadores: hacen falta *hombres profundamente “espirituales”*, hombres de fe, que vibren por las cosas de Dios y estén dispuestos a una obediencia decidida como la de nuestro Fundador » (83).

Estas palabras persuasivas y alentadoras, estoy seguro, serán acogidas por cada uno de vosotros con la decisión y generosa voluntad de realizarlas.

Don Bosco bendiga vuestros propósitos.

P. LUIS RICCERI
Rector Mayor

(83) *Docum. CGE*, n. 18.

III. COMUNICACIONES

1. El Aguinaldo del Rector Mayor para el año 1973

A todos los miembros de la Familia Salesiana y a cuantos de alguna forma están vinculados a ella.

Queridísimos todos: el Aguinaldo es una tradición que nos dejó nuestro Padre: no tiene un simple valor sentimental, ni es una frase publicitaria, sino que es para todos los miembros de nuestra Familia un verdadero programa de acción y de vida que al ponerlo en práctica nos une en un mismo empeño. Además de ser grandemente útil a cada persona, ofrece no pequeño servicio a la Comunidad, que, en su articulación, se siente comprometida en un esfuerzo unitario hacia una meta que interesa nuestra común vocación.

He aquí, pues, el Aguinaldo en su brevedad conceptual:

« La Familia Salesiana recupera la vitalidad de sus orígenes comprometiéndose a vivir un intenso CLIMA MISIONERO ».

El actual Aguinaldo ha sido sugerido y requerido, ante todo, por el Capítulo General Especial que, con razón, ha señalado en la conciencia y animación misionera el camino obligado para toda auténtica renovación, tanto personal como de las Comunidades: familiares, eclesiales, religiosas.

Este Aguinaldo tiene, además, su razón de ser en que nos quiere preparar seria y activamente para una fecha que no sólo nos recuerda un acontecimiento glorioso, sino que en cierto sentido debe hacer que renazca y se renueve aquel clima de entrega generosa, austera y alegre que obró el milagro de las primeras Misiones Salesianas.

En 1975 se cumplirá el primer Centenario de las Misiones Salesianas. Al mismo tiempo que vamos estudiando los modos más aptos para celebrar de forma digna y provechosa esa fecha histórica, comprometámonos todos —Congregación y Familia toda— a traducir en detalles el valor del Aguinaldo.

El desarrollo, comentarios y aplicaciones prácticas, en relación con las diversas clases de miembros de nuestra Familia, pronto comenzarán, de modo que se facilite la actuación concreta de este Aguinaldo que, en el nombre de Don Bosco, entiendo daros con el corazón misionero del Beato Don Rua.

Sac. LUIS RICCERI

2. La Beatificación de Don Miguel Rua

Treinta mil miembros de la Familia Salesiana el pasado 29 de octubre asistieron en la Basílica de San Pedro en Roma al rito solemne de la Beatificación de Don Rua. Estaban presentes 27 Cardenales, más de 50 Obispos, el Cuerpo Diplomático, muchos parientes de Don Rua, y las dos personas favorecidas por los milagros presentados en el proceso.

Una vez más el Papa tuvo, en la homilía, palabras afectuosas y de caluroso entusiasmo para los Salesianos. Terminada la ceremonia, el Consejo Superior saludó al Santo Padre y le entregó algunos obsequios.

Por la tarde, en el Aula Magna del PAS romano, tuvo lugar la conmemoración civil. Orador, muy aplaudido, fue el Doctor Alessi, Cooperador Salesiano.

El 30 de octubre nuestra Familia festejó a Don Rua en la Basílica de San Juan Bosco con una concelebración presidida por el Rector Mayor, en la que participaron más de cuatrocientos sacerdotes. Estas celebraciones de Roma continuaron durante las dos jornadas siguientes.

Otro triduo, seguido de la fiesta en honor del Beato, tuvo lugar en las fechas del 9 al 12 de noviembre en Turín, su ciudad natal. Participaron el Cardenal de Turín y las autoridades civiles, y, por parte salesiana, el Rector Mayor con varios Superiores del Consejo. Estas celebraciones, organizadas por los Salesianos de Valdocco, tuvieron la adhesión multiforme de diversas categorías de personas, como el Clero diocesano, Religiosas, jóvenes y diversas asociaciones.

De la homilía del Papa en San Pedro presentamos el texto íntegro en la sección « Magisterio Pontificio ».

3. Nombramientos de Inspectores

Han sido nombrados Inspectores los siguientes Hermanos:

Don JUAN CANTINI, para la Inspectoría argentina de Bahía Blanca;

Don NICOLAS LO GROI, para la Inspectoría india de Calcuta (Norte);

Don ARGIMIRO MOURE, para la Inspectoría argentina de La Plata;

Don MATEO PULINGATHIL, para la Inspectoría india de Gauhati (Noreste);

Don FRANCISCO TESSAROLO, para la Inspectoría argentina de Rosario.

4. Solidaridad fraterna

a) *Inspectorías de las cuales provienen las ofertas*

ITALIA

Lombarda	Liras	430.000
Novarese		6.700.000
Meridional		756.000
Subalpina		5.647.500
Véneta San Marcos		470.000

EUROPA

Países del Este (aplicaciones de misas)	Liras	364.000
---	-------	---------

AMERICA

Bolivia	Liras	351.000
Estados Unidos (Este)		580.000

ASIA

Medio Oriente		58.500
---------------	--	--------

Suma total recibida del 10 de julio al 12 de diciembre de 1972		15.357.000
---	--	------------

Fondos en caja		2.467.154
Suma disponible a 12 de diciembre de 1972		17.824.154

b) *Distribución de las sumas recibidas*

EUROPA

Italia - Riesi, para reparación del tejado de la iglesia de San José	Liras	1.000.000
Yugoslavia - Zagabria, para el personal en formación		500.000
Hungría, para un breviario		37.700

ASIA

Corea - Seul, para reparación en el edificio del Estudiantado	Liras	1.000.000
Filipinas - Manila-Tondo, para el Centro Social de las zonas de barracas		1.000.000
India - Shillong, para maquinaria de imprenta de la Escuela Don Bosco		1.000.000
India - Tezpur, al Obispo para sus pobres acogidos		500.000
Medio Oriente, para los refugiados necesitados		500.000
Vietnam, para el personal en formación		1.000.000

AMERICA

Antillas, República Dominicana, para reparaciones en el Aspirantado de Jarabacoa		1.500.000
Antillas, Haití - Puerto Príncipe, para alimentos en favor de los necesitados		1.000.000
Bolivia, para los tres centros juveniles de El Alto, Santa Cruz y Las Villas		3.000.000
Brasil - Río Negro, para gastos de cuatro misioneros laicos		1.000.000
Ecuador - Cuenca, para un grupo electrógeno del Colegio Agronómico		1.000.000
Paraguay, para alimentos de los indígenas de la Colonia Comandante Peralta		500.000

Total distribuido del		
10 de julio al 12 de diciembre de 1972		14.537.700
Resto en caja		3.286.454
TOTAL		<u>17.824.154</u>

c) *Movimiento general de la Solidaridad Fraterna*

al 12 de diciembre de 1972:

Sumas recibidas	170.074.999
Sumas distribuidas	166.788.545
	<hr/>
Resto en caja	<u>3.286.454</u>

Nota bene. En la relación anterior sobre la Solidaridad Fraterna (Actas, n. 267) se indicaba por error a la Inspectoría de New Rochelle (USA) la oferta global de liras 1.171.480. He aquí la proveniencia exacta: de la Inspectoría de San Francisco, liras 815.480; de la Inspectoría de New Rochelle, liras 356.000.

d) *Advertencia*

Las ofertas para la Solidaridad Fraterna envíense siempre al Rector Mayor. En el caso en que por justas razones (distancia, cambio de moneda, etc.) se juzgue oportuno enviar las cantidades directamente a los destinatarios, dése igualmente relación, a su debido tiempo, a la Dirección General, para las oportunas anotaciones.

5. Inauguración del Salesianum con una « Semana de espiritualidad »

Se están ultimando las obras del « Centro de Espiritualidad y Estudios » que bajo el nombre de « Salesianum » se abre en Roma junto a la Casa Generalicia. Este centro, confiado a Don Pedro Schinetti en cualidad de coordinador responsable, será inaugurado en los días 21 a 27 de enero de 1973 con una iniciativa organizada por el Dicasterio de la Formación Salesiana: una « Semana de espiritualidad salesiana » en la que tomarán parte un centenar de representantes de las distintas ramas de la Familia Salesiana.

En la « Semana » se desarrollará el tema: « La Familia Salesiana reflexiona sobre su vocación en la Iglesia de hoy ». Entre los conferenciantes figuran el P. Juan Beyer, de la Universidad Gregoriana, Dom Adrián Nocent, del Ateneo San Anselmo, los Salesianos Don Pablo Natali, Don Pedro Braido, Don Pedro Stella, Don José Aubry, el día de la clausura, el Cardenal Garrone.

6. Recopilación de documentos

a) *Para un Epistolario de Don Rua*

Como homenaje al nuevo Beato, y como valioso instrumento para promover un mayor conocimiento del espíritu salesiano, se piensa publicar una colección completa de las cartas de Don Rua. El Rector Mayor pide, con esta finalidad, la colaboración de todos los miembros de la Familia Salesiana, en particular de los Inspectores y Directores, de las Inspectoras y Directoras de las Hijas de María Auxiliadora, de los Delegados y Decuriones de los Cooperadores, de los Exalumnos.

A cuantos posean cartas y documentos de Don Rua o conozcan la existencia de tales documentos en poder de otras personas o entidades, se ruega vivamente que envíen fotocopia de los mismos o den la oportuna información al Rector Mayor, que ya desde este momento expresa su agradecimiento a cuantos atenderán esta invitación.

b) *Para una biografía de Mons. Marcelino Olaechea*

La excepcional figura de este arzobispo salesiano de España, fallecido en el mes de octubre p.p., bien merece ser recordada con una digna biografía. Se suplica la colaboración de todos aquellos que han conocido a Mons. Olaechea y que puedan aportar testimonios y documentos que posean. Envíen el material a:

P. Ricardo Nácher
Colegio San Juan Bosco
Carrera de San Luis 135
Valencia 13 (España)

7. Los Noticiarios Inspectoriales

Casi todas las Inspectorías, respondiendo al interés del Capítulo General Especial por intensificar la información al nivel de Hermanos, han iniciado la publicación de Noticiarios Inspectoriales. Muchos de ellos son enviados con regularidad a la Casa Generalicia.

Rogamos a todos que manden al menos dos copias: una al Rector Mayor y otra a la Oficina de Prensa Salesiana. Esta Oficina, como

se sabe, entre sus cometidos tiene el de poner en circulación las noticias más importantes de la Congregación; además tiene intención de realizar un estudio sobre los criterios prácticos seguidos por los Hermanos en la elaboración de los Noticiarios (su planteamiento, contenido, tipo de impresión, etc.).

De la recopilación de estos datos y de la reflexión sobre ellos, se podrán obtener observaciones y consejos de utilidad para todos.

8. Compilación de datos para las Estadísticas Salesianas

La Secretaría General, como otros años, está haciendo la compilación de datos para las Estadísticas Salesianas correspondientes al 1971 y al 1972. Ya han llegado los de muchas Inspectorías. La Secretaría General ruega a los Srs. Secretarios Inspectoriales que aun no lo hayan hecho, se sirvan enviarlos cuanto antes.

IV. ACTIVIDADES DEL CONSEJO SUPERIOR E INICIATIVAS DE INTERES GENERAL

1. Las Reuniones del Consejo Superior

A primeros de octubre los Superiores Regionales regresaron de su visita a las respectivas Inspectorías. Desde entonces el Consejo Superior se encuentra frente a un vasto trabajo que desarrollar. En primer lugar los Superiores Regionales han presentado en el Consejo una detallada relación sobre sus visitas a los Hermanos, señalando los problemas encontrados y formulando propuestas concretas con que ayudar a las Inspectorías a superarlos.

Al mismo tiempo se ha venido estudiando la « planificación general de las actividades » que se deberán desarrollar en los próximos años. También han tenido lugar algunos nombramientos de Inspectores. Pero, sobre todo, el Consejo Superior ha estado ocupado en el examen de las Deliberaciones de los CIS. Es éste un trabajo complejo, largo, delicado e importante. Se trata de examinar si el contenido de las Deliberaciones está en armonía con las Constituciones y Reglamentos y con las normas del Capítulo General Especial.

Cada Dicasterio (Formación, Pastoral Juvenil, Pastoral de Adultos, Misiones) lleva a cabo una lectura, por entero, de las Deliberaciones, con una particular atención a los sectores de su competencia. Las observaciones que eventualmente surgen de dicha lectura son presentadas al Superior Regional correspondiente; éste añade sus propias observaciones, y todo ello pasa al estudio del Consejo Superior, que oportunamente decide sobre la aprobación de las Deliberaciones y sobre los posibles puntos que deberán ser rectificadas.

Posteriormente estas decisiones del Consejo Superior son comunicadas al Inspector interesado, para que con su Consejo Inspectorial estudie las indicaciones hechas y lleve a cabo las enmiendas necesarias. Así, finalmente, las Deliberaciones del CIS estarán dispuestas para la publicación y promulgación oficial.

En el momento de imprimir esta información, ya han sido enviados a los Inspectores los documentos de aprobación y observaciones hechos por el Consejo Superior sobre los CIE de las siguientes Inspectorías: Subalpina, Adriática, Ligur-Toscana, Lombardo-Emiliana, Maridional, Novarese, Romano-Sarda, Sícula, Véneta-Oeste, Barcelona, Bilbao, Córdoba (España), León, Madrid, Sevilla, Lisboa, París, Bélgica-Sur, Zagabria, Tokyo, Bombay, Calcuta, Madrás, Centro América, Caracas, Belo Horizonte, La Plata.

2. El trabajo de los Dicasterios

Los Dicasterios del Consejo Superior trabajan en los distintos sectores.

El Dicasterio de MISIONES, en previsión del « Centenario de las Misiones Salesianas », que será el próximo 1975, tiene en el mes de enero varias reuniones de expertos para programar las oportunas iniciativas.

El de la FORMACIÓN ha organizado, como hemos dicho anteriormente, una « Semana de Espiritualidad Salesiana » prevista para el final de enero en el « Salesianum » anejo a la Casa Generalicia.

Este mismo Dicasterio lleva adelante la preparación de un documento sobre la « Formación permanente »; ha tenido una reunión con los biblistas salesianos de Italia; ha colaborado con un grupo de liturgistas en la preparación de un « paradigma della preghiera salesiana », que contiene orientaciones generales que se propondrán a las Inspectorías de Italia; también ha organizado reuniones de Hermanos Coadjutores.

El Dicasterio de la PASTORAL DE ADULTOS tuvo a su cargo la organización de las celebraciones en honor de Don Rua Beato, y posteriormente, numerosas reuniones organizadas en los sectores de los Cooperadores, Exalumnos, Voluntarias de Don Bosco, etc.

También tiene en estudio algunos problemas referentes a la prensa e información en la Congregación, como la coordinación de las Casas Editoriales salesianas, la potenciación del « Boletín Salesiano », que bajo diversos nombres se publica en más de 20 ediciones, y la preparación de un noticiario de unión entre los Salesianos deseado por el CGE.

3. Encuentros con la Familia Salesiana

Además del trabajo local, varios Superiores han realizado también algunos encuentros con la Familia Salesiana y otras actividades particulares.

El RECTOR MAYOR con su Consejo ha presidido en Turín las celebraciones con ocasión de la Beatificación de Don Rua, y en Roma, la clausura del Centenario de la Hijas de María Auxiliadora, celebrada el 8 de diciembre: hubo una Misa concelebrada presidida por el Card. Garrone, y una conmemoración a cargo del Ministro Italiano de Educación, Luis Scálfaro.

También el Rector Mayor se ha visto solicitado por diversas reuniones dirigidas por la « Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares »: primeramente participó en la « congregación plenaria » de la misma Sagrada Congregación (de que es miembro junto con otros dos Superiores Generales); posteriormente, siempre como miembro de dicha Sagrada Congregación, ha asistido al Congreso Internacional de las Conferencias de los Superiores Mayores Religiosos; finalmente ha tomado parte en un Congreso de estudios sobre la oración, expresamente organizado para los Superiores Generales (estaban presentes más de 70, y entre los relatores figuraban el P. Loew y el P. Haering).

En Roma, asimismo el Rector Mayor junto con Don Raineri y Don Fiora, ha intervenido en dos Congresos, conjuntos, de Cooperadores italianos (los Jóvenes Cooperadores y los Adultos). En ellos ha habido la participación singular —quizá por primera vez, en un clima que se podría definir como de « ecumenismo doméstico »— de las Hijas de María Auxiliadora (por parte de ellas estaban presentes varias Delegadas de los Cooperadores, junto con la Superiora Madre Ersilia Canta) y de algunas Voluntarias de Don Bosco.

El Consejero para las Misiones, DON TOHILL, los días 9 a 12 de noviembre ha estado en Lyon (Francia), para representar a la Congregación en la Conferencia Internacional de las Obras Misionales Pontificias con ocasión del 150 aniversario de la « Propaganda Fide ».

A continuación, del 14 al 30 de noviembre Don Tohill ha representado al Rector Mayor en la India, en las celebraciones del 50 aniversario de la Misión Salesiana en Assam. Además de los Sale-

sianos de Shillong, lugar de las celebraciones, ha visitado a los de Gauhati, Calcuta, Krishnagar y Bombay.

DON RAINERI ha estado dos veces en España presidiendo congresos regionales de Cooperadores, y ha participado en diversas reuniones del ámbito de la Pastoral de Adultos, en Roma.

DON FIORA, Consejero para Italia, ha presidido en Roma una reunión de Directores de los Estudiantados Teológicos, promovida por el Dicasterio de la Formación intentando tener una visión de conjunto sobre los problemas de estos Estudiantados. En Milán asistió a una reunión de Eónomos Inspectoriales, y, en Turín, a la reunión anual de la « Consegil » (que se interesa por los jóvenes obreros).

DON VECCHI ha vuelto a América Latina, donde ha presidido el CIE de la Inspectoría argentina de Córdoba, y a su regreso se detuvo en San Paulo (Brasil) para dialogar con los Hermanos sobre algunos problemas locales.

Esta reseña, muy incompleta, de contactos, análisis de problemas y programas a diversos niveles, quiere ser un indicativo del esfuerzo que en todas partes se va haciendo para actuar en la Congregación las directrices de la renovación conciliar y capitular.

V. DOCUMENTOS

1. De la Carta del Rector Mayor a la Familia Salesiana

La Carta del Rector Mayor a la Familia Salesiana, publicada en el Boletín Salesiano de Italia, y reproducida estos días por varias revistas salesianas, comprende además del « Aguinaldo para el año 1973 » (presentado en las Comunicaciones de estas Actas) dos puntos de común interés, que reproducimos.

a) OBRAS NUEVAS DE 1972

En relación con las obras nuevas iniciadas en 1972, me parece importante subrayar lo siguiente.

El Capítulo General Especial ha dispuesto que en toda la Congregación se proceda a un valiente y serio examen de todas las obras existentes, y esto con miras a la renovación de la Congregación, como se desprende de las numerosas correlaciones e implicaciones del mismo Capítulo, y para asegurar la validez de dichas obras no sólo a la luz de las Deliberaciones Capitulares, sino también en consonancia con las variables condiciones sociales. Este examen lleva el nombre de « Reajuste de las Obras ».

Es fácil comprender que esta vasta y compleja operación exige, ante todo, hacer una pausa en la fundación de nuevas obras, en tanto que se defina la función de muchas de ellas, habida cuenta del personal disponible y su necesaria cualificación en los distintos sectores de nuestra misión.

Esta cualificación, en el momento actual, es de la máxima importancia y, por consiguiente, de un interés prioritario. Sin embargo, en el año 1972 ha surgido alguna obra nueva en la línea marcada por el Capítulo General, y, por otra parte, como un primer efecto del reajuste, han cesado varias otras obras en algunos países.

Nuevas actividades, en línea con el Capítulo General Especial

Me parece justo el subrayar que estas nuevas actividades quieren responder en líneas generales a las orientaciones del Capítulo General en cuanto a prioridad y preferencia en la actuación de nuestra misión.

Antes de hacer la relación quiero destacar algunas de ellas.

En Roma, junto a la nueva sede en que desde el pasado junio funciona nuestra Dirección General, ha surgido un Centro de Espiritualidad y Cultura, el « Salesianum ». Está provisto de modernas instalaciones con posibilidad de hospedar 150 personas, para reuniones, congresos, cursos de estudio, retiros, al servicio no sólo de nuestra Familia, sino de cuantos quieren desarrollar iniciativas y actividades espirituales o culturales inspiradas en la misma línea de acción de Don Bosco. Hacia últimos de enero este Centro inaugurará su vida con un Curso de espiritualidad salesiana para miembros de la gran Familia de Don Bosco.

Nuestra Inspectoría de Madrid, en un primer contacto de la Obra Salesiana con el Estado de Guinea, ha iniciado en este país una actividad de asistencia y promoción destinada a prolongarse como acción evangelizadora. Actualmente trabajan seis Salesianos.

En Brasil se ha comenzado una acción de gran amplitud, especialmente para zonas periféricas y necesitadas, con centros de alfabetización y cualificación profesional (Brasilia, Belo Horizonte, Jaciguá, Campo Grande).

En la India se han abierto dos nuevos centros misioneros en la Inspectoría de Madrás (Polur, Tiruvannamalai).

Realizaciones de los Salesianos

He aquí la relación de las obras que hemos podido realizar con vuestra valiosa colaboración.

AMERICA

Argentina: Funes (Santa Fe): Escuela Media de orientación apostólica.

Brasil: Belo Horizonte: Parroquia, Centro Juvenil, Centro de alfabetización para adultos, Escuelas Profesionales.

Brasilía: Parroquia, Escuela Elementales, Centro de alfabetización para adultos.

Jaciguá: Parroquia, Centro de alfabetización para adultos.
Campo Grande: Parroquia, Obras Sociales Pablo VI.

Venezuela: Caracas-Boleita: Parroquia, Centro de Pastoral Juvenil.

Ecuador: Zumbagua: Parroquia, Obras para la promoción humana y cristiana de los indígenas.

ASIA

India: Polur: Parroquia, Misiones, Oratorio.

Tiruvannamalai: Parroquia, Misiones.

AFRICA

Guinea Ecuatorial: Bata: Escuela Elemental para internos y externos.

EUROPA

Bélgica: Eeelo: Centro de asistencia juvenil.

Escocia: Glasgow: Pensionado para jóvenes.

Polonia: Parroquia y Centro de catequesis y acción paraescolar en Trzebnice, Milkowice, Grabowno Wielkie, Chocianowicz, Pakoslawsko.

Realizaciones de las Hijas de María Auxiliadora

También las Hijas de María Auxiliadora, como concreta celebración de su Centenario, han fundado, un poco en todos los continentes, numerosas obras en zonas particularmente necesitadas. Algunas son totalmente nuevas, otras, el fruto de un desarrollo de obras ya existentes que se han abierto a actividades de asistencia y promoción social.

El Boletín Salesiano encontrará forma de ilustrar, a lo largo del año, al menos las más importantes y significativas.

EUROPA

Italia: Alejandría: en la Parroquia periférica de San José Obrero, Escuela Materna, Centro Juvenil cotidiano, Catecismos y Obras Parroquiales para emigrantes.

Belluno: Obras sociales y de evangelización en zona periférica.

Clivio (Varese): Cursos de cualificación profesional, Actividades del tiempo libre.

Irlanda: Maynooth (Kildare): Pensionado para estudiantes universitarias.

AMERICA

Brasil: Ararás (S. Paulo): en un barrio pobrísimo, Escuela Elemental, Alfabetización para adultos, Catequesis, Visitas a las familias y Ambulatorio.

Río de Janeiro: Obras de promoción social, Catecismos parroquiales.

Colombia: S. Juan de Arama, en la Prefectura Apostólica de Ariari: Obras parroquiales y Catequesis.

México: Villaflores (Chiapas): Escuelas parroquiales y actividades de evangelización.

Estados Unidos: Filadelfia: Escuelas elementales y actividades varias, Catequesis.

ASIA

Japón: Oita: Escuela materna, Catecismos, Visita a las familias.

Korea: Pensionado para jóvenes obreras.

b) LA CRISIS DE VOCACIONES

En la confianza que debe haber entre los que sentimos nuestra pertenencia a la Familia Salesiana, quiero haceros partícipes de una gran pena que me aflige, motivo de seria preocupación: es la crisis de vocaciones. Habréis oído hablar de ella como de un hecho que afecta en general a la Iglesia y a los Institutos Religiosos. Es cierto. Y debo deciros que, si bien en distinta medida, también se da entre nosotros, tanto Salesianos como Hijas de María Auxiliadora. No vivimos metidos en una campana de cristal de forma que los fenómenos mundiales nos pudieran dejar indemnes.

Lo comprendéis bien. Si, por una parte, los que están en período de prueba no logran superarla y se han de retirar, y, por otra, disminuyen las nuevas promociones, necesarias para suplir a quienes,

de una forma o de otra, vienen a causar baja, nuestras Congregaciones llegan a encontrarse en un estado que, por muchos aspectos, es seriamente crítico. Y las consecuencias son fáciles de imaginar.

Ciertamente, yo no estoy por un crecimiento cuantitativo de vocaciones a toda costa, y estoy más que convencido de que el verdadero y primer progreso y desarrollo está en la cualidad de las vocaciones, pero es igualmente cierto que, si no se pueden llenar en la medida adecuada los vacíos que por ley de vida se producen, se hace difícil un progreso en la cualidad y no se ve cómo poder llevar adelante tantas obras.

El problema es grave y complejo, y no son éstos momento ni lugar para hacer un análisis completo. Pero su solución es absolutamente vital; por eso será preciso que volvamos a tratarlo. Nuestra Familia toda está interesada en ello. Me daría por satisfecho si con estas palabras consiguiera haceros partícipes de esta preocupación que afecta a nuestras Congregaciones; me parece que son suficientes, por hoy, para que de veras estéis interesados en el problema: modos y medios de llevarlo adelante no os faltarán.

El problema de las vocaciones tiene que ser vivido y solucionado por todos, no tanto con lamentos estériles o con bellas palabras cuanto con los hechos, y especialmente con nuestra vida coherente y activa llena de alegría salesiana.

2. La Solidaridad fraterna

Texto de la comunicación que, con fecha 13 de noviembre p.p., envié a los Inspectores Salesianos el Consejero de Misiones.

Queridos Inspectores:

En estos días acaba de aprobar el Rector Mayor un plan de ayuda a catorce obras, como debidamente aparecerá en la octava distribución de los bienes de la Solidaridad. En caja quedan sólo algunas libras, pero no nos preocupa este exiguo remanente, pues hemos constatado que no pocas Inspectorías se distinguen no sólo por su generosidad, sino también por su constancia y regularidad. Tenemos incluso Inspectorías, alejadas y muy pobres, que recibiendo la ayuda fraterna saben buscar la manera de ayudar, a su vez, a otros.

En este mes de noviembre están llegando a su destino los últimos de los 24 Hermanos misioneros voluntarios. Provenientes de cinco naciones, han sido distribuidos entre 14 Inspectorías misioneras, en 12 países de tres continentes.

He aquí, pues, los benéficos resultados de nuestra Solidaridad: una ayuda expresada en términos económicos y otra, más viva aún, los misioneros que van.

Permitidme recordaros la naturaleza de este deber que tenemos de justicia y de caridad fraterna. El dinero que se designa para la « Solidaridad » debe ser un fruto que provenga de cada uno de nosotros como personas y como comunidad. Las aportaciones de los bienhechores, las distintas colectas, son otra cosa. « De una pobreza vivida con mayor generosidad, de una administración más atenta y precavida, de una economía inteligente y sabia y —¿por qué no también?— de algunas renunciaciones a no pocas cosas superfluas y tal vez inoportunas, deberán llegar los frutos concretos de la solidaridad para con los Hermanos y las obras nuestras más necesitadas » (Actas del Consejo Superior n. 256, 4).

Hasta el presente han sido 127 las respuestas que nuestras Comunidades Inspectoriales han dado, con generosidad, a este deber de fraterna caridad, mandando en conjunto cerca de 170 millones de liras para la Solidaridad. Con esta suma el Rector Mayor ha podido ofrecer ayuda a los necesitados, salesianos y no salesianos, en 148 ocasiones. Detrás de cada oferta está la historia conmovedora y edificante de privaciones, sacrificios y renunciaciones; y junto a cada ayuda hay un poco de alivio, un incremento de trabajo apostólico en el gran océano de los pobres.

Queridos Inspectores, por medio de vosotros quisiera hacer a todas vuestras Comunidades una llamada a continuar, con generosidad y regularidad, dando prueba concreta de su fraternidad religiosa y de su preocupación por la « desconcertante diferencia » económica y social que vemos en tantos lugares.

Con tal fin, programe cada Comunidad, seria y concretamente, las formas más eficaces de contribuir a la Solidaridad, en particular con ocasión del próximo Adviento y de la Cuaresma, tiempos especialmente propicios para actuar nuestra caridad hacia los hermanos necesitados.

En nombre de todos los misioneros salesianos y no salesianos que han recibido los favores de vuestra caridad, en nombre del Rector Mayor y en el mío personal, os hago presente un sentido agradecimiento, asegurándoos un recuerdo particular en la Santa Misa.

Sac. BERNARDO TOHILL

VI. MAGISTERIO PONTIFICIO

1. « Bendigamos al Señor: ¡Don Miguel Rua es “beato”! »

Homilía pronunciada por Pablo VI el 29 de octubre p.p. en la Basílica de San Pedro, durante la ceremonia de Beatificación de Don Miguel Rua (texto de L'Osservatore Romano en lengua española del 5 de noviembre de 1972).

Venerables hermanos y queridos hijos:

Bendigamos al Señor: ¡Acabamos de declarar « beato » a Don Rua!

Una vez más ha sucedido un prodigio: sobre la multitud de la humanidad, levantado por los brazos de la Iglesia, este hombre, elevado por una levitación que la gracia, acogida y secundada por un corazón heroicamente fiel, ha hecho posible, emerge a un nivel superior y luminoso, y hace convergir hacia sí la admiración y el culto, permitidos para aquellos hermanos que, habiendo pasado a la otra vida, han alcanzado ya la felicidad del reino de los cielos.

Un perfil sutil y gastado de sacerdote, todo suavidad y bondad, todo deber y sacrificio, se dibuja sobre el horizonte de la historia, y permanecerá en él ya para siempre: ¡Es Don Miguel Rua, « beato »!

¿Estáis contentos? Es superfluo preguntarlo a la triple Familia Salesiana que aquí y en el mundo se alegra con nosotros, y que difunde su alegría por toda la Iglesia. En todas partes donde están los hijos de Don Bosco, hoy es fiesta. Y es fiesta especialmente para la Iglesia de Turín, patria terrena del beato, la cual ve inserta en la lista moderna, podemos decir, de sus elegidos, una nueva figura sacerdotal que da testimonio de las virtudes de una sociedad civil y cristiana, y que ciertamente promete una ulterior fecundidad futura.

Don Rua, « beato ». No vamos a delinear ahora su perfil biográfico, su panegírico. Su historia es ya conocida por todos. No son ciertamente los magníficos Salesianos quienes dejan que falte la celebridad a sus héroes; y esto es un homenaje obligado a sus virtudes

que, haciéndolos populares, extiende el radio de su ejemplo y multiplica su benéfica eficacia; crea la epopeya, para la edificación de nuestro tiempo.

En este momento, en el cual una commoción gozosa invade nuestros espíritus, preferimos más bien meditar que escuchar. Pues bien, meditemos un instante en el aspecto característico de Don Rua, en el aspecto que lo define, y que con una sola mirada nos lo dice todo, nos lo hace comprender.

Hijo, discípulo, imitador

¿Quién es Don Rua? Es el primer sucesor de Don Bosco, el santo Fundador de los Salesianos. ¿Y por qué ahora Don Rua es beatificado, es decir, glorificado? Es beatificado y glorificado precisamente por ser su sucesor, es decir, su continuador: hijo, discípulo, imitador; el cual, con otros sin duda, pero el primero entre ellos, hizo del ejemplo del santo una escuela; de su obra personal una institución extendida, se puede decir, por toda la tierra; de su vida una historia; de su regla un espíritu, de su santidad un tipo, un modelo; hizo del manantial una corriente, un río. Recordad la parábola del Evangelio: « El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que toma un hombre y lo siembra en su campo. Es, sí, la más pequeña de todas las semillas; pero cuando crece, es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, de suerte que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas » (Mt 13, 31-32).

La prodigiosa fecundidad de la Familia Salesiana, uno de los fenómenos mayores y más significativos de la perenne vitalidad de la Iglesia en el siglo pasado y en el nuestro, tuvo en Don Bosco su origen, en Don Rua su continuación. Fue este seguidor suyo quien desde los humildes comienzos de Valdocco sirvió a la Obra Salesiana en su virtualidad expansiva, comprendió el acierto de la fórmula, la desarrolló con coherencia textual, pero con una novedad siempre genial. Don Rua fue el fiel, y por ello el más humilde y a la vez el más valiente de los hijos de Don Bosco.

Todo esto es ya muy conocido: no traeremos a colación citas que la documentación de la vida del nuevo beato ofrece con abundancia exuberante; haremos una sola reflexión que nosotros juzgamos, hoy especialmente, muy importante; se refiere a uno de los valores

más discutidos, para bien y para mal, en la cultura moderna; queremos decir la tradición. Don Rua inauguró una tradición.

La tradición, que encuentra cultivadores y admiradores en el campo de la cultura humanística, la historia, por ejemplo, o el devenir filosófico, no está, en cambio, bien considerada en el campo operativo, en donde más bien la *ruptura con la tradición* —la revolución, la renovación precipitada, la originalidad siempre intolerante con respecto a la escuela ajena, la independencia con relación al pasado, la liberación de toda ligazón— parece haberse convertido en la norma de la modernidad, en la condición del progreso.

No discutimos lo que hay de saludable y de inevitable en esta actitud de la vida, que tiende hacia adelante, que avanza en el tiempo, en la experiencia y en la conquista de las realidades circundantes; pero pondremos sobre aviso acerca del peligro y del daño de la repulsa ciega de la herencia que el pasado, a través de una tradición sabia y selectiva, transmite a las nuevas generaciones. Si nouviésemos en debida cuenta este proceso de transmisión, podríamos perder el tesoro acumulado por la civilización, y vernos obligados a reconocernos más atrás, no más adelante, y a volver a empezar desde el principio un trabajo agotador. Podríamos perder el tesoro de la historia que fue, para venir a encontrarnos náufragos en el piélago misterioso del tiempo, sin tener ya ni la noción ni la capacidad del camino que hay que recorrer. Se podría hablar largamente de esto: es algo que surge de la primera página de la pedagogía humana, y que nos hace ver, al menos, cuál es el mérito que tiene todavía el culto a la sabiduría de nuestros antepasados; y, para nosotros, hijos de la Iglesia, ¡qué deber y qué necesidad tenemos de sacar de la tradición aquella luz amiga y perenne, que desde el pasado lejano y próximo proyecta sus rayos sobre nuestro camino que avanza!

Pero para nosotros, delante de Don Rua, las palabras se hacen sencillas y elementales, pero no por esto menos dignas de consideración.

Ser continuadores

¿Qué nos enseña Don Rua? ¿Cómo pudo elevarse a la gloria del paraíso y a la exaltación que hoy hace de él la Iglesia? Precisamente, como decíamos, Don Rua nos enseña a ser continuadores; es decir, seguidores, alumnos, maestros, si queréis, puesto que somos

discípulos de un Maestro superior. Ampliemos la lección que nos viene de él.

Don Rua enseña a los Salesianos a permanecer Salesianos, hijos siempre fieles de su Fundador; y a todos nos enseña el respeto al magisterio, que preside el pensamiento y la economía de la vida cristiana. El mismo Cristo, como Verbo procedente del Padre, y como Mesías ejecutor e intérprete de la revelación que se refiere a Él, dijo de sí mismo: « Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado » (Jn 7, 16).

La dignidad del discípulo depende de la sabiduría del maestro. La imitación del discípulo no es pasividad, ni servilismo; es fermento, es perfección (cf. I Cor 4, 16). La capacidad del alumno de desarrollar su propia personalidad proviene en efecto de aquel arte de extracción, propia del preceptor, que se llama justamente educación, arte que guía la expansión lógica, pero libre y original de las cualidades virtuales del alumno. Queremos decir que las virtudes, de las cuales Don Rua es modelo y de las cuales la Iglesia ha hecho título de beatificación, son todavía aquellas virtudes evangélicas de los humildes adictos a la escuela profética de la santidad: de los humildes, a los cuales se revelan los misterios más altos de la divinidad y de la humanidad (cf. Mt 11, 25).

Poderoso obrero del Reino

Si en verdad Don Rua aparece calificado como el primer continuador del ejemplo y de la obra de Don Bosco, nos agradará imaginárnoslo siempre y venerarlo en este aspecto ascético de humildad y de dependencia, pero no podremos olvidar nunca el aspecto operativo de este pequeño « gran hombre », tanto más cuanto que nosotros, no extraños a la mentalidad de nuestro tiempo que tiende a medir la estatura de un hombre por su capacidad de acción, nos damos cuenta de tener ante nosotros a un atleta de la actividad apostólica, que, siempre sobre el modelo de Don Bosco, pero con dimensiones propias y crecientes, confiere a Don Rua las proporciones espirituales y humanas de la grandeza. La suya fue una gran misión. Los biógrafos y los críticos de su vida han encontrado en ella las virtudes heroicas, que son los requisitos que la Iglesia exige para el éxito positivo de las causas de beatificación y de canonización, y que suponen y demuestran

una extraordinaria abundancia de gracia divina, la primera y más excelsa causa de la santidad.

La misión que hace grande a Don Rua se bifurca en dos direcciones exteriores distintas, pero que en el corazón de este poderoso obrero del Reino de Dios se entrelazan y se funden, como de ordinario sucede en la forma de apostolado que la Providencia le confió: la Congregación Salesiana y el Oratorio, es decir, las obras para la juventud y todas las demás que forman la corona de éstas.

La múltiple Obra Salesiana

Aquí nuestro elogio debería dirigirse a la triple Familia Religiosa que tiene sus raíces primero en Don Bosco y después en Don Rua con sucesión lineal, la de los Salesianos, la de las Hijas de María Auxiliadora, y la de los Cooperadores Salesianos, cada una de las cuales tuvo un desarrollo maravilloso bajo el impulso metódico e incansable de nuestro Beato. Baste recordar que en los veinte años de su gobierno las Casas Salesianas aumentaron de 64, fundadas por Don Bosco durante su vida, a 314. Vienen a los labios, en sentido positivo, las palabras de la Biblia: « Aquí está la mano de Dios » (Ex 8, 19). Glorificando a Don Rua damos gracias al Señor, que quiso manifestar en su persona, en la creciente multitud de sus Hermanos y en el rápido aumento de la obra salesiana, su bondad y su poder, capaces de suscitar también en nuestro tiempo la inagotable y maravillosa vitalidad de la Iglesia y de ofrecer a su actividad apostólica los nuevos campos de trabajo pastoral, que el impetuoso y desordenado desarrollo social ha abierto a la civilización cristiana. Y saludemos, exultando con ellos de gozo y de esperanza, a todos los hijos de esta joven y floreciente Familia Salesiana, que hoy, bajo la mirada amiga y paternal de su nuevo Beato, reafirman su paso por el camino costoso y recto de la ya bien probada tradición de Don Bosco.

Las obras salesianas se encienden ante nosotros iluminadas por su santo Fundador y por el nuevo esplendor del beato continuador. ¡Miramos hacia vosotros, jóvenes de la gran escuela salesiana! Vemos reflejado en vuestros rostros y brillante en vuestros ojos el amor del cual Don Bosco, y con él Don Rua, y todos sus Hermanos de ayer y de hoy, y sin duda de mañana, han sido el modelo. ¡Qué amor sentimos por vosotros; nos parecís estupendos; con qué gusto os

vemos alegres, vivaces y modernos!: sois vosotros, los jóvenes que habéis crecido y que crecéis en esta multiforme y providencial Obra Salesiana.

También a vosotros, jóvenes, os saludamos

¡Que conmoción siente el corazón ante las cosas extraordinarias que el genio de caridad de San Juan Bosco y del Beato Miguel Rua y de los millares de seguidores suyos han sabido producir para vosotros: para vosotros, especialmente, hijos del pueblo; para vosotros, necesitados de asistencia y de ayuda, de instrucción y de educación, de entrenamiento al trabajo y a la oración; para vosotros, hijos de la desventura, o confinados en tierras lejanas, que esperáis a alguien que se os acerque, con la sabia pedagogía preventiva de la amistad, de la bondad, de la alegría, a alguien que sepa jugar y dialogar con vosotros, que os haga buenos y fuertes haciéndoos serenos y puros y aplicados y fieles, que os descubra el sentido y el deber de la vida, y os enseñe a encontrar en Cristo la alegría de todas las cosas! También a vosotros os saludamos, y quisiéramos que todos vosotros, alumnos pequeños y mayores de la alegre, estudiosa y laboriosa palestra salesiana, y con vosotros tantos coetáneos vuestros de la ciudad y del campo, en las escuelas y en los campos deportivos, en el trabajo y en el sufrimiento, en nuestras aulas de catecismo y en nuestras iglesias; sí, quisiéramos llamaros a todos a un instante de atención, e invitaros a levantar la mirada hacia este nuevo beato, Don Miguel Rua, que os amó tanto y que ahora por nuestra mano, que quiere ser la de Cristo, os bendice a todos uno a uno y en conjunto.

2. « **Mostraos fieles a vuestra vocación** »

El pasado otoño los representantes de las Conferencias Nacionales de Religiosos y Religiosas tuvieron en Roma una asamblea promovida por la Sagrada Congregación para los Religiosos. El 19 de octubre fueron recibidos por Pablo VI, quien les dirigió un discurso en lengua francesa. La traducción española, que aquí ofrecemos casi en su totalidad, fue publicada en L'Osservatore Romano del 29.

No podemos, en el marco de este breve encuentro, tratar todo el conjunto de cuestiones que plantea la renovación y adaptación de la vida religiosa. El pasado año os mostramos, en nuestra Exhortación Apostólica *Evangelica testificatio*, nuestras preocupaciones y nuestras esperanzas a este respecto. En el nombre del Señor, hemos especificado los criterios de discernimiento que pueden guiaros por este camino exigente, pero tan fascinante, de una vida más evangélica. Os pedimos que pongáis ante vuestros ojos, que meditéis, los diversos elementos de la vida religiosa que hemos puesto de relieve, sin olvidar ninguno de ellos. Esta mañana queremos solamente reavivar en vosotros, el « espíritu religioso » que debe marcar vuestras personas y vuestras comunidades, y también vuestra adhesión positiva a la Iglesia.

El mundo tiene necesidad de vuestra fidelidad

Habéis elegido vivir vuestra vocación bautismal en el marco particular de la vida religiosa; o mejor, habéis aceptado servir al Señor de esta manera radical que corresponde profundamente a una llamada evangélica, que ha sido probada en la Iglesia desde hace siglos y que ella ha autenticado como un testimonio sin igual e indispensable de las bienaventuranzas. Os lo decimos sin ambages: sed consecuentes con vosotros mismos, mostraos fieles a vuestra vocación, no dejéis que se disuelva, en teoría ni en la práctica, este carácter esencial de la vida religiosa que es vuestra dote.

La mayor parte de los cristianos están llamados a afirmar su fe y a ejercer su caridad como laicos, con todas las responsabilidades temporales que les incumben, y su testimonio es esencial, lo hemos subrayado con frecuencia; algunos lo hacen hoy con el apoyo y según las exigencias de un instituto secular, y hemos elogiado recientemente esta nueva iniciativa. Pero unos y otros tienen necesidad precisamente de vuestra fidelidad a vuestra vocación específica de religiosos y religiosas. Esta comporta, como sabéis, además de la profesión de los votos de castidad consagrada, de pobreza y de obediencia, una vida en común vivida en una fraternidad integral: requiere una ascética particular que os hace renunciar libre y gozosamente a los bienes de este mundo, como signo de vuestra adhesión al Señor, amado por él mismo, sobre todas las cosas y hasta la cruz. Se manifiesta en una obediencia que os hace profundamente disponibles a la voluntad de nuestro Padre de

los cielos a través de las llamadas concretas de la Iglesia y de vuestros superiores, del mismo modo que Cristo ha vivido la obediencia a su Padre a través de la servidumbre de la Encarnación (cf. Jacques Guillet, *Jésus-Christ hier et aujourd'hui*; Desclée de Brouwer 1963, páginas 109-125). En una palabra, debéis tender a la perfección evangélica (cf. Mt. 5, 48) de manera que seáis permanentemente los signos vivos de la trascendencia del reino de Dios.

No temáis ser plenamente religiosos

Ciertamente este signo no siempre será comprendido por el « mundo », en el sentido en que lo entiende san Juan; a veces ni siquiera por los hombres de buena voluntad, es decir, vuestros hermanos y hermanas cristianos. Y sufriréis por ello. Pues este mundo, no sólo sufre la atracción —y a veces la esclavitud— de poseer, del poder y de la carne, sino que se ha vuelto hipersensible a la exigencia de la expansión personal, en el marco de una completa autonomía. Vuestra vida puede revestir a sus ojos un algo misterioso, extraño, es decir, según algunos, inhumano. Y, sin embargo, vosotros sabéis que lo que es locura a los ojos de los hombres es sabiduría a los ojos de Dios (cf. I Cor 1, 25-27). Por otra parte, ¿no sería un verdadero escándalo percibir que, con el pretexto de la adaptación, renunciáis a las exigencias de oración, de humildad, de pobreza, de participación, de pureza, de sencillez, de servicio desinteresado que Cristo ha pedido a sus discípulos?

Entendámoslo bien: la forma de vida religiosa no debe menospreciar los talentos naturales ni los carismas personales; debe servir a la vocación de cada persona. Y es una pesada carga para vosotros, superiores, velar para que cada uno de vuestros hermanos y hermanas se realice en ella, sea tratado con respeto, sea reconocido y amado, y pueda aportar a su comunidad y al mundo lo mejor de sí mismo. Pero no se puede olvidar la paradoja del Evangelio, que vosotros, en mayor medida que otros, tenéis la misión de realizar plenamente: « El que quiera su vida, la perderá: y el que pierda su vida por mí, la hallará » (Mt 16, 25). Convenceos bien: este amor del Señor, vivido hasta la renuncia de vosotros mismos, no puede permanecer sin fruto. Dándoos una alegría profunda y la esperanza de la vida eterna, abrirá

misteriosamente a las almas el camino hacia el Dios de amor. Sí, en este sentido, no temáis ser plenamente religiosos.

Amar al mundo y anunciarle a Jesucristo

Abordamos brevemente el segundo tema de nuestro encuentro. El amor de Dios, reavivado con la oración y estimulado por la vida fraterna, no puede alejaros, antes al contrario, del afán misionero que hoy os anima y que nos alegra vivamente.

Tanto si lleváis una vida contemplativa como si es directamente apostólica, el amor de la Iglesia estará en el corazón de vuestras preocupaciones. Evidentemente, vosotros prestaréis vuestra adhesión sin reservas a la verdadera fe que Ella profesa; acogeréis con confianza las orientaciones que señala, las decisiones que toma, en diversos campos, para el bien de todos. En el momento actual, este testimonio de fidelidad del conjunto de los religiosos unidos a la Sede de Pedro, nos parece capital. Mirad la historia: esa fidelidad fue siempre determinante en las épocas en que la Iglesia emprendió sus grandes reformas.

Además, participaréis también, según el carisma propio de vuestro instituto, en la voluntad que tiene hoy la Iglesia de conectar de verdad con este mundo, nuevo bajo tantos aspectos; no se trata de conformaros con él, sino de acogerlo, de comprenderlo y de amarlo hasta el punto de anunciarle a Jesucristo, con la paciencia evangélica y según los medios accesibles a él. Ahora bien, en cada una de vuestras diócesis, de vuestras regiones, de vuestros pueblos, los obispos son los encargados, con los consejos presbiterales y pastorales, de discernir las necesidades prioritarias, de orientar los esfuerzos pastorales, de coordinarlos. Cada instituto debe precisar bien su identidad propia para insertarse en este servicio con su vocación específica; no se trata de absorber la riqueza de vuestros carismas multiformes, tradicionales, en un reagrupamiento autoritario o una nivelación empobrecedora. No obstante, cada uno debe participar, con disponibilidad total, en la misión de la Iglesia, en armonía con el apostolado ejercido en el conjunto del pueblo de Dios, bajo la responsabilidad de la jerarquía. Recordad siempre que la misma « exención » concierne, sobre todo, a las estructuras internas de vuestras congregaciones (cf. *Evangelica testificatio*, 50); no debe jamás servir de obstáculo para la

realización de una comunión íntima, profunda, cordial, de sentimiento y de acción, con vuestros obispos.

Queridos hijos y queridas hijas: pensábamos estos días en vosotros al celebrar la misa en honor de san Lucas. Vosotros sois de aquellos discípulos que el Señor envía hoy delante del El. Pedimos al Dueño de la mies que os agregue numerosos compañeros y compañeras, de probada fidelidad. Y nos parece que ya ha llegado el momento de un resurgir profundo de la vida religiosa. Id, pues, por el mundo entero. Llevad a él la paz de Cristo. Anunciad su Buena Nueva por vuestra propia vida consagrada: «El reino de Dios está cerca de vosotros» (Lc 10, 9). Con María, volveos al Señor, en la acción de gracias y con una perfecta disponibilidad. Nosotros, de todo corazón, os bendecimos.

3. ¿De qué tiene más necesidad la Iglesia hoy?

El 27 de septiembre p.p. Pablo VI comenzaba la audiencia general con estas palabras:

«Nos parece que este encuentro privilegiado de la audiencia semanal con los queridos visitantes, representantes del Pueblo de Dios, es decir, de la santa Iglesia de Cristo, encierra en su silencio inicial una pregunta formulada por parte de vosotros: ¿Cómo va la Iglesia? ¿Qué puede decir el Papa? Y otra pregunta por parte nuestra: ¿Conocen estos visitantes cuáles son las verdaderas y más grandes necesidades de la Iglesia?»

Comenzaba así el Papa un largo diálogo con los visitantes, para continuarlo durante diez audiencias consecutivas en las que iría dando respuesta a ambas preguntas. Entre las cosas de que la Iglesia tiene hoy mayor necesidad, ha enumerado la fe (audiencias del 27 de septiembre y del 4 de octubre), la difusión de la fe (18 de octubre), la vida interior (25 de octubre), la liberación del mal (15 de noviembre), el « viento » de Pentecostés (29 de noviembre).

Presentamos otras tres respuestas del Papa, particularmente sugestivas: la Iglesia tiene necesidad de santos (audiencia del 4 de noviembre), tiene necesidad de continua renovación (8 de noviembre), y de auténtico estilo de vida cristiana (22 de noviembre).

a) LA IGLESIA TIENE NECESIDAD DE SANTOS

Discurso de Pablo VI en la audiencia general del 4 de noviembre de 1972.

Quien haya comprendido lo que es la Iglesia, comprende la fuerza lógica de esta afirmación.

Nosotros que estamos embebidos —así lo pensamos— de la doctrina sobre la Iglesia que nos ha ofrecido la gran lección del reciente Concilio, debemos recordar cómo la santidad es al mismo tiempo una *propiedad* de la Iglesia, es decir, un modo misterioso suyo de ser, que se deriva de su vocación de pueblo de Dios, de la alianza que Dios ha instituido con aquella parte de la humanidad elegida por El, favorecida, santificada precisamente, y amada (cf. Ef 5, 26-27), que se llama Iglesia, Esposa y Cuerpo místico de Cristo, sacramento inagotable, es decir, signo e instrumento de salvación. Debemos recordar igualmente cómo la santidad es también por ello una *nota* de la Iglesia, o, lo que es igual, una cualidad exterior, una belleza reconocible, un argumento apologetico apto para impresionar histórica y socialmente a los hombres que lo observen con mirada honrada y capaz de reconocer, dónde están, los valores espirituales (cf. *Lumen gentium*, 9, etc.).

La Iglesia, en el designio de Dios, es santa, es decir, asociada a El, animada por su Espíritu, revestida de una belleza trascendente que procede de la armonía de sus líneas constitutivas que responden al designio divino, y, por tanto, sagrada y siempre orientada religiosamente al culto divino y a la observancia de la voluntad divina (cf. S. Th. II-II, 81, 8). Es santa en su naturaleza. Es santa en sus verdades divinas que le han sido confiadas y que ella enseña. Es santa, especialmente, en sus sacramentos, mediante los cuales santifica a los hombres. Es santa en su liturgia y en su oración. Es santa en su ley, es decir, en la pedagogía con que guía a los hombres, para caminar por los senderos del Evangelio y para vivir en la caridad. Pero, esta santidad, que podemos llamar activa, está encaminada a producir la santidad que puede llamarse «derivada» (si no del todo pasiva; cf. Denz. Schön. 2201, ss.) de los miembros que componen la Iglesia, esto es, de los hombres, los cuales, también en el orden de la gracia, permanecen libres, más aún, son invitados, ayudados, comprometidos a hacer uso, el más consciente y asiduo posible, de su libertad, es decir,

a cumplir en sí mismos el precepto sumo y urgente del amor de Dios, y el otro, que va estrechamente unido a él, del amor al prójimo, con todos los deberes que, según las circunstancias en que uno se encuentra, se derivan de dichos preceptos.

El programa de la vida cristiana no tolera mediocridades

A la santidad constitutiva de la Iglesia debe corresponder la santidad practicada por sus miembros. Que es como decir: no sólo la Iglesia es santa por sí misma, sino que nosotros, que pertenecemos a ella y formamos parte de la misma, debemos presentarla santa, en cuanto de nosotros depende, es decir, nosotros, individuos, organismos, comunidades, debemos ser santos. Esta necesidad relativa a las personas, en su realización proviene de una necesidad más honda ya existente, que se refiere a la autenticidad interior: la santidad, como decíamos, propia de la institución eclesial.

Nuestra fidelidad a la Iglesia comporta también este nivel de vida: hay que ser santos. El programa de la vida cristiana no tolera mediocridades; son tremendas, a este respecto, las palabras del Apocalipsis que dice: « conozco tus palabras y que no eres ni frío ni caliente; ...mas porque eres tibio, y no eres caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca » (3, 15-16). Con el nombre de santos eran llamados los primeros cristianos, admitidos a la comunión eclesial de fe y de gracia, y sabían que como tales debían comportarse. Aun hoy en las nuevas comunidades misioneras se cultiva aquella mentalidad que obliga a conformar el modo de vivir con las exigencias asumidas en el nuevo estilo de vida, el estilo cristiano. Surge espontánea la pregunta: ¿cómo puede imponerse un deber tan grave a personas de este mundo, cuya pereza conocemos, más aún, cuando conocemos su ineptitud para los grandes ideales, sobre todo para los morales, que no se cifran en especulaciones utópicas, sino que exigen aplicaciones prácticas y concretas en la vida real, y cuando conocemos igualmente la fragilidad en la coherencia operativa y en la ilusoria felicidad de secundar las propias pasiones y los estímulos del interés y del placer? ¿Es exacta una interpretación tan severa de la vida cristiana? ¿No es condescendiente la ley evangélica con la debilidad humana? ¿No es la ley evangélica liberadora del peso del juridicismo y del mo-

ralismo? ¡Qué respuesta tan larga exigiría una cuestión tan compleja y tan radical! Respondamos por ahora muy someramente.

La santidad que se nos exige no es « la de los milagros »

La vida cristiana libera, ciertamente, del peso de normas superfluas para la perfección que sustancialmente consiste en la caridad (cf. Col 3, 14), y que denuncia la existencia de una hipocresía intolerable dentro del fariseísmo (cf. Mt 23); pero no es laxista, sino más bien moralmente seria y severa: basta leer el sermón de la montaña. Toda ella tiende a una perfección que comienza en el interior del hombre, y por tanto compromete la orientación de la libertad, incluso desde sus primeras raíces, desde el corazón (cf. Mt 15). Pero hemos de advertir, ante todo, que la acción humana del cristiano goza de una ayuda interior maravillosa e incalculable: la gracia: ¿no dice el Maestro, para animar a los discípulos asustados por las exigencias de la moral evangélica: « Para los hombres, imposible, mas para Dios todo es posible »? (Mt 19, 26). Es éste un punto capital para el seguidor de Cristo y para toda la doctrina y la práctica de la vida y de la perfección cristiana, es decir, para la conquista de la santidad.

La gracia hace ligero y suave el yugo de Cristo (cf. Mt 11, 30). La gracia operante en el espíritu humano multiplica sus fuerzas, llegando a hacer amable el sacrificio por sí mismo, la pobreza, la castidad, la obediencia, la cruz. Y luego podemos añadir que la santidad que se nos exige, no es « la de los milagros », es decir, la de los fenómenos extraordinarios, sino la santidad de la voluntad buena y firme que, en todos los azares ordinarios de la vida normal, busca la rectitud lógica de cumplir la voluntad divina.

De esta rectitud es de la que querríamos hablar, pero nos contentaremos con afirmar que ésa es « el testimonio cristiano » del cual tanto se escribe y se discute hoy. Es esa la santidad que necesita hoy la Iglesia: la apologética de los hechos, de los ejemplos, de la virtud transparente que también los que nos rodean reconocen y relacionan con Dios (cf. Mt 5, 16). Y es esta santidad, esta integridad de carácter, la que hace, incluso en nuestro tiempo —profano y a menudo hostil y corrompido— creíble, como se dice, el mensaje de la Iglesia.

Esta es la santidad, hijos queridísimos, que os recomendamos cordial e insistentemente, con nuestra bendición apostólica.

b) LA RENOVACIÓN, PROCESO VITAL DE LA IGLESIA

Discurso de Pablo VI en la audiencia general del 8 de noviembre de 1972.

Se habla de renovación de la Iglesia: el Concilio ha despertado en nosotros esta idea, nos ha dado la esperanza que de ella nace, nos la ha dejado como consigna. Esta palabra « renovación » habla todavía hoy a los espíritus —a aquellos espíritus que aman a la Iglesia— para designar con un sólo término las muchas necesidades de esta institución secular que, siempre viva y coherente con su raíz, acoge como impulso la savia divina del Espíritu Santo que la invade continuamente llevándola hacia la explosión de una nueva primavera: sí, la Iglesia necesita renovación (cf. *Optatam totius*, 1; etc.).

No siempre ha sido rectamente entendida

No siempre ha sido rectamente entendida por todos esta palabra: para algunos ha sonado como condena del pasado y una licencia para apartarse de él sin respeto a su función comprometedora y vital de vehículo de los principios esenciales de los que vive la Iglesia, sobre todo su fe, su constitución; así ha parecido que la palabra renovación autorizase determinadas restauraciones constitutivas; hubo quien la concibió como separación de las estructuras institucionales, históricas, visibles, exteriores, para conservar más puro y eficiente su jugo espiritual y carismático, olvidando que el alma de la Iglesia, sin el cuerpo en que vive, no se podría ya encontrar ni sería activa, como ya en su tiempo repetía san Agustín; y ha habido también incluso quien ha pensado renovar la Iglesia secularizándola, es decir, modelándola en sus formas y en su mentalidad, a veces sin discernimiento, según la marca de la sociedad profana que, hija de la historia y del tiempo, podía conferir a la Iglesia el ambicionado título de moderna.

Y no se prestó, ni se presta todavía, suficiente atención a dos cosas. Primero, que la renovación, proceso vital y continuo en un organismo viviente como la Iglesia, no puede consistir en una metamorfosis, una transformación radical, una infidelidad a los elementos esenciales y perpetuos cuya reforma no puede consistir más que en nuevo vigor, no en un cambio; y en segundo lugar, que la renovación

deseada es la interior más que la exterior, como, con voz siempre actual, nos amonesta san Pablo: «renovaos en el espíritu de vuestra mente» (Ef 4, 23).

La renovación es un programa permanente

Palabras densas éstas, mucho más fáciles de pronunciar que de poner en práctica. ¿Cómo podríamos traducirlas? Debéis renovar vuestra mentalidad en virtud de la inspiración cristiana que os es conferida por la gracia, por la acción interior del Espíritu Santo; debéis habituaros a pensar según la fe; debéis modelar vuestro juicio especulativo y práctico, según Jesucristo, según el Evangelio, o, como suele decirse, según el análisis cristiano.

Tener una mentalidad cristiana, pensar según la concepción que del mundo, de la vida, de la sociedad, de los valores presentes y futuros nos viene de la palabra de Dios. No es fácil, pero hay que hacerlo. Esta reestructuración de nuestro modo global de sentir, de conocer, de juzgar y, por tanto, de actuar, es el programa permanente de cada fiel cristiano y de la Iglesia en general.

Se trata de una auto-reforma continua, *Ecclesia semper reformanda*. Vivir en el mundo, hoy tan expresivo y difusivo, tan agresivo y tentador, tan hecho para el conformismo incluso cuando practica la contestación, influye fuertemente sobre nuestra personalidad; la norma corriente, especialmente en las nuevas generaciones, de que es necesario ser «hombres de nuestro tiempo», nos obliga a todos a someternos a las filosofías, queremos decir, las opiniones comunes, y a regular nuestra espiritualidad interior y nuestra conducta externa según las coordenadas del siglo, es decir, del mundo que prescindir de Dios y de Cristo; coordenadas que favorecen una gran carrera, esto es, una gran intensidad de vida, pero que, si reflexionamos bien, nos privan de nuestra originalidad, de nuestra auténtica y autónoma libertad. Somos conformistas. También la Iglesia sufre tentaciones de conformismo. San Pablo nos amonesta: «No os conforméis a este siglo (entendido precisamente como ambiente de atmósfera corrompida por ideas erradas o carentes de luz cristiana), sino que os transforméis por la renovación de la mente» (Rom 12, 2). Reivindicad vuestra libertad de vivir «según la voluntad de Dios» (ib.), según la caridad que el Espíritu ha infundido en vuestra alma cristiana (cf. Rom. 5, 5).

Y aquí tenemos que recordar que: « donde está el Espíritu del Señor está la libertad » (II Cor 3, 17; cf. Jn 8, 36; Rom 8, 2).

Renovarse interiormente, ¡qué trabajo, qué esfuerzo! ¿Quién está dispuesto a modificar su manera de pensar? ¿A purificar la celda interior de las propias fantasías, de las propias ambiciones, de las propias pasiones? Y sin embargo, ¡cuántas veces nos exhorta el Señor a esta renovación interior! (cf. Mt 15, 18-20). Es el Concilio el que invita a tan gran tarea a cada uno y a la Iglesia entera; y esto es lo que ella, con la ayuda de Dios, está haciendo: renovación, pues, equivale a purificación.

Un criterio fundamental para la renovación

Pero teniendo que terminar aquí nuestro breve discurso, no quisiéramos que quedase en vosotros una impresión puramente negativa de la renovación que necesita la Iglesia.

Existe toda una visión positiva que merecería nuestra atención; por ejemplo, la que proviene de la educación del cristiano moderno (aquí nos parece adecuada esta calificación) y que lleva a descubrir el bien, donde esté, con tal de que sea un bien auténtico según el juicio cristiano. Esta actitud nueva y abierta hacia los valores naturales, terrenos, históricos, científicos... es uno de los aspectos característicos del Concilio. Lo debemos en buena parte al corazón humano, sereno, bueno, del Papa Juan. Así se ha despertado el ecumenismo, lo mismo que el respeto hacia las religiones no cristianas, hacia nuestros mismos adversarios, hacia los valores de la actividad humana, etc. (cf. *Gaudium et spes*, 34). Saber descubrir en cada hombre una imagen de Cristo, un hermano que se debe respetar, servir y amar: ¿no es quizás un fundamental criterio para la renovación que necesitan la Iglesia y el mundo? Y ver un secreto de bondad divina en todo dolor, un coeficiente de progreso personal o colectivo en todo acontecimiento (cf. Rom 8, 20): ¿no equivale a abrir una fuente prodigiosa de optimismo y, por ello, de renovación, para el viejo, cansado y desilusionado corazón del hombre? Además, haber encendido la esperanza escatológica en el pensamiento actual de nosotros los mortales: ¿no es quizás infundir un sentido, un impulso de novedad, en el tiempo presente y futuro?

Ecce nova facio omnia: ¡He aquí que hago nuevas todas las cosas! (Ap 21, 5; cf. II Cor 5, 17). Palabra del Señor. Necesidad de la Iglesia. ¡Compromiso de todos nosotros!

Con nuestra bendición apostólica.

c) UN AUTÉNTICO ESTILO DE VIDA CRISTIANO

Discurso de Pablo VI en la audiencia general del 22 de noviembre de 1972

En el corazón de la Iglesia arde siempre, como una lámpara que no se apaga nunca, un deseo, un deseo común de la Iglesia como pueblo de Dios y como conciencia personal de cada miembro de este Cuerpo místico de Cristo; un deseo que invade la psicología entera de los discípulos del Señor Jesús y que forma parte de todos los afanes y de todos los programas de reforma y de renovación: el deseo de revestirse de un auténtico estilo cristiano.

Decir estilo es poco; porque la palabra estilo se refiere al aspecto exterior de una cosa; mientras que en nuestro caso estilo significa el resultado de un espíritu interior, la autenticidad visible de un orden moral, la expresión de una mentalidad, de una concepción de la vida, de una coherencia y una fidelidad que se nutren desde sus raíces de la personalidad profunda y vital de quien se manifiesta en su propio estilo.

Una vez más nos encontramos con el viejo proverbio: el hábito no hace al monje. Es verdad. Pero el hábito de por sí debe distinguir individual y socialmente a aquel que se profesa monje; puede ciertamente camuflarlo o revestirlo de hipocresía (cf. Mt 15, 7-8), y hacerle recitar, como el artista en el teatro, una parte ficticia que no lo define íntimamente; pero la intención estilística del hábito tiende no sólo a manifestar mediante el aspecto exterior quién es uno, sino también a conferirle una conciencia interior de lo que debe ser él mismo.

Es una exigencia del Concilio

Por lo que a nosotros nos interesa ahora, repetimos, la Iglesia y cada uno de los fieles debe tener un estilo de vida conforme con

su fe. Lo hemos repetido tantas veces, con las palabras de San Pablo: el hombre justo, es decir, el cristiano auténtico, vive sacando de la fe la energía y el criterio de su autenticidad (cf. Rom 1, 17).

Esto comporta, además de una « forma » nueva, interior y original, sobrenatural, de vida, una cierta efusión de esta interioridad, una cierta visibilidad exterior. Y con mayor razón aún dado que precisamente el Concilio, reavivando en el corazón de la Iglesia y de los fieles que la componen los dones divinos de la verdadera religión bajada del cielo, ha intentado también infundir en la misma Iglesia un mayor grado de evidencia, llamándola « sacramento visible » de la unión con Dios (*Lumen gentium*, 1), de la unidad salvífica (n. 9), más aún, de la misma salvación (n. 48; *Gaudium et spes*, 45; *Ad gentes*, 5). Se quiere, como fruto del Concilio, que la Iglesia sea más reconocible, más luminosa, con un estilo más de acuerdo con sus propias características, con una vida más en consonancia con la conducta delineada y exigida por su vocación evangélica.

¿Ha tenido éxito este esfuerzo por hacer aparecer a la Iglesia más conforme con el estilo, con la conducta que exige su vocación? ¿Se ha transformado, o mejor, se ha reformado la Iglesia según las exigencias renovadoras del Concilio? Sí; nos parece que podemos responder afirmativamente por las numerosas cosas buenas que precisamente en este intento de epifanía de autenticidad y de credibilidad se han hecho en la Iglesia y que, bien encaminadas ya, se harán. Lo debemos decir para alabar y animar a aquellos hijos e instituciones tuyas que con el preciso fin de dar a la Iglesia rasgos que correspondan mejor a su institución originaria, a su tradición coherente, a su presente misión, han orado, trabajado, sufrido, con gran espíritu, en estos diez años transcurridos desde el comienzo del Concilio.

Pero no podemos callar que, al mismo tiempo, se han verificado otros fenómenos, no siempre reducibles al plan prefijado de dar, de restituir, de conservar a la Iglesia el estilo puro, espléndido y nupcial (cf. Ef 5, 27) del que ella debe revestirse, especialmente en nuestro tiempo, para ser, como debe ser, esposa amorosa de aquel Cristo que lo ha amado hasta dar su vida por ella.

Dos óptimos principios, explicados autorizadamente por el Concilio, el del *aggiornamento*, es decir, de la propia renovación, y el de la inserción en la afanosa y agitada vida del mundo contemporáneo, óptimos, decimos, y todavía válidos, no siempre han sido bien interpre-

tados y bien aplicados. En algunos ambientes no se ha reformado y renovado la figura ideal de la Iglesia, sino que, al menos conceptualmente, se ha deformado.

La ilusión de una « Iglesia sin »

La fórmula más o menos radical de la « Iglesia sin » ha relampagueado para algunos espíritus inquietos y para muchos desprovistos de suficiente cultura. Es una fórmula que tiene su historia: herejías y cismas se han servido de ella a lo largo de los siglos.

Se ha intentado, por ejemplo, tener una Iglesia sin dogmas difíciles, eliminando así del tesoro de la fe los misterios del pensamiento divino, y reduciendo la realidad de la religión revelada a la dimensión de la razón humana; proceso reductor que, por desgracia, continúa aquí y allí vaciando la doctrina católica de su contenido y su certeza.

Junto a esta primera Iglesia « sin », ha surgido otra Iglesia sin autoridad de magisterio ni de gobierno, como si fuese una Iglesia liberada y hecha accesible a todos los que la quisieran puramente espiritual e indiferente a preceptos morales objetivos y sociales. Se ha anhelado de este modo una Iglesia fácil, sin configuraciones jerárquicas, ni jurídicas, una Iglesia sin obediencia, sin normas litúrgicas; una Iglesia sin sacrificio. Pero, ¿qué sería una Iglesia sin la cruz?

Sí, hay quien piensa que le puede bastar Cristo, pero sin la obligación de contemplar su cruz ni de admitir su resurrección, y sin entrar, además, en la experiencia sacramental y moral de nuestra participación en este misterio pascual y central de muerte y de vida sobrenatural.

Hay también quien piensa en compensar el inmenso vacío que denuncia este residuo de espiritualidad sin redención verdadera y existencial, adoptando otro « sin », es decir, eliminando de la propia vida toda barrera, toda distinción con respecto a la vida del mundo profano; sin fe, sin esperanza, sin caridad, sin una conducta digna y fuerte; confiando, por el contrario, en las ideologías de los otros y valiéndose todavía en cierta medida del tesoro de sabiduría humana del Evangelio para hacer del hombre, de sí mismo, de la propia personalidad y de la sociedad misma el ideal, más aún, el ídolo orientador de los procesos mentales y civiles de la vida: pero, estando ya sin Dios, ¿qué vida puede sostenerse así?

Hijos y hermanos queridísimos: conservemos el deseo de una vida modelada según el estilo cristiano. El estilo cristiano no siempre es fácil; es un estilo exigente, incómodo a veces y no siempre de moda, lo sabemos bien. Pero recordad que este estilo no debe ser juzgado sólo por lo que quita, sino que debe ser valorado por lo que da. Y si está esculpido en nosotros por la ley del sacrificio, es decir, de la cruz, recordad, más aún, experimentad vosotros mismos, la paradoja propia del estilo cristiano que consiste en una fusión singular de freno e impulso, de moderación y vitalidad, de dolor y de gozo al mismo tiempo. La vida presente halla en este estilo la expresión propia más alta y más plena: «Reboso de gozo, decía San Pablo, en todas nuestras tribulaciones» (II Cor 7, 4).

Quiera Dios ayudarnos a todos a imprimir en nuestra vida moderna un dulce y austero estilo nuevo, el estilo cristiano.

Con nuestra bendición apostólica.

VII. NECROLOGIO

P. Leandro Altoé

* en Jaciguá (Espírito Santo - Brasil) 7.4.1940, † en Río de Janeiro (Brasil) 15.11.1972 a 32 a., 14 de prof. y 5 de sac.

Fue un Salesiano lleno de actividad apostólica. Con su dinamismo de novel sacerdote animaba las actividades escolares, controlaba la disciplina, mantenía contacto con todos los padres de los alumnos tanto en la vida ordinaria del colegio como en las bien logradas asambleas generales. En sólo casi tres años, con su incansable laboriosidad supo dar un vigoroso impulso a la obra salesiana de Rocha Miranda.

P. César Baldasso

* en Arcade (Treviso - Italia) 21.1.1899, † en Pordenone (Italia) 11.11.1972 a 73 a., 56 de prof. y 48 de sac.

En sus largos años de enseñanza se granjeó la estima y el afecto de sus muchos alumnos. Su gran sensibilidad le llevaba a participar vivamente de las alegrías y dolores de los que en el ministerio o en la enseñanza se acercaban a él. Fue predicador y confesor muy apreciado. Con un « sí, Padre » aceptó la dura enfermedad que le llevó hasta el final de su laboriosa jornada terrena.

P. Ernesto Berta

* en Avigliana (Turín - Italia) 29.12.1884, † en Genzano (Roma - Italia) 3.12.1972 a 87 a., 71 de prof. y 63 de sac. Fue Director 27 años y 6 Inspector.

Nació en una familia profundamente cristiana, bendecida por Dios con seis vocaciones (3 sacerdotes y 3 religiosas). Sobrino de Don Alasonatti, se preciaba de este parentesco que era como una ratificación de la fidelidad de su familia a Don Bosco. Dedicó sin reservas su vida a los jóvenes y a los pobres, a los cuales (especialmente durante la última guerra,

siendo Inspector) abrió generosamente los Institutos de Roma. La concelebración de 50 sacerdotes en su funeral habla de la estima y reconocimiento de los Hermanos hacia este sacerdote y educador ejemplar.

P. Antonio Cavoli

* en Marignano (Forlì - Italia) 6.8.1888, † en Tokyo-Suginami-Ikuei (Japón) 22.11.1972, a 84 a., 50 de prof. y 58 de sac. Fue Director 6 años.

Había sido Capellán militar en la prima guerra mundial; a los 33 años se hizo salesiano, y 4 años más tarde marchó al Japón con la primera expedición salesiana. De carácter recio y exuberante, y de profunda espiritualidad, trabajó durante 25 años en la zona de Miyazaki. Allí fundó una Congregación de Hermanas indígenas, llamadas «Hermanas de la Caridad de Miyazaki» que continúan trabajando con ejemplar espíritu, y la misión de San Vicente de Paúl en favor de los ancianos, los pobres y los huérfanos.

Pasó los últimos diez años de su vida inmovilizado en el lecho, orando y ofreciendo sus sufrimientos por sus «hijas» y por los Salesianos.

P. Pedro Conconi

* en Ginebra (Suiza) 1.9.1911, † en Ginebra (Suiza) 25.5.1972, a 60 a., 41 de prof. y 32 de sac. Fue Director 15 años y 5 Delegado Inspectorial para Suiza.

Hombre de grandes dotes espirituales y humanas, óptimo formador de vocaciones, primero como Socio asistente y después como Maestro de novicios, arrastraba con su entusiasmo a los novicios a amar la misión educativa salesiana. Trasladado a Morges, potenció el centro educativo de La Longeraie hasta convertirlo en centro modelo. Profundamente amante de la Congregación, la quería a la vanguardia del progreso. Fue hombre de diálogo, sensible al misterio del encuentro con los otros. Su sonrisa, su voz, sus modales acogedores le han conquistado muchas amistades profundas y limpias.

P. Antonio Dal Pos

* en San Fior di Soto (Treviso - Italia) 21.5.1906, † en Bahía Blanca (Argentina) 30.11.1972 a 66 a., 48 de prof. y 39 de sac. Fue Director 6 años.

Marchó muy joven a las Misiones de La Patagonia, donde trabajó con gran celo sacerdotal. Con la fuerza de su personalidad, llena de ama-

bilidad y disponibilidad, se rodeó de muchos amigos, haciendo de esta capacidad de amistad un instrumento de apostolado.

Coadj. Enrique Fiffi

* en Río de Janeiro (Brasil) 5.2.1890, † en Río de Janeiro (Brasil) 26.11.1972 a 82 a. y 58 de prof.

Verdaderamente comprometido en el apostolado de los oratorios festivos, ha trabajado en ellos durante 53 años consecutivos. Preparó miles de niños a la primera comunión, dándoles una formación profundamente cristiana. Firmeza, bondad y constancia eran sus características.

P. Anacleto Gallo

* en Grancona (Vicenza - Italia) 21.10.1892, † en Lugano (Ticino - Suiza) 10.8.1972 a 79 a., 63 de prof. y 53 de sac. Fue Director 10 años.

Un Salesiano, exalumno suyo, ha dado de él este testimonio: « En la íntima pureza de su corazón, claro como un diamante, llevaba su dignidad sacerdotal como un manto real, pero en su trato con los jóvenes y con el pueblo, siempre llevó el traje gastado del obrero que no da miedo ». Se dejó suavemente absorber por las múltiples exigencias de todo apostolado: la cátedra y el patio, el púlpito y el confesionario, las obras sociales y las de pacificación. Particularmente se recuerda su entrega de los años en que fue Director del Oratorio, asistente del Círculo San José y encargado de la Parroquia.

P. Andrés Goga

* en Chrabany (Eslovaquia) 9.11.1914, † en Táriba (Táchira - Venezuela) 10.9.1972 a 57 a., 39 de prof. y 30 de sac.

Modelo de hombre, de religioso, de sacerdote, de estudioso, y de incansable trabajador, deja un recuerdo imborrable en miles de exalumnos, amigos y conocidos. Todavía continúa su obra de educador nato por medio de los diversos libros de texto escritos por él, y que son el fruto de su profunda preparación. Su diligente laboriosidad lo acompañó hasta la muerte, llegada de improviso aunque no inesperadamente. Los Hermanos lloran su pérdida como la del Salesiano educado, ecuánime, servicial y piadoso.

Coadj. Miguel Iwata

* en Kuroshima (Nagasaki - Japón) 3.10.1916, † en Tokyo-Chofu 9.10.1972 a 56 a. y 15 de prof.

Herido gravemente durante la segunda guerra mundial, permaneció durante 40 días en estado de coma, y se recuperó milagrosamente. Entró en la Congregación en edad adulta. Se distinguió siempre por su fe sencilla, por su gran humildad y completa disponibilidad. Trabajó hasta el último momento en los puestos más humildes, prestando sus servicios en la huerta y en la cocina. Dió ejemplo a todos con su observancia religiosa y con su laboriosidad, para las cuales no fue excusa ni siquiera su salud precaria.

P. Victor Kolmer

* en Schirrhein (Bas-Rin - Francia) 14.8.1888, † en Strasbourg (Bas-Rhin - Francia) 30.10.1972 a 84 a., 67 de prof. y 58 de sac. Fue Director 27 años.

Fue uno de los principales artífices de las Obras Salesianas en Alsacia. Fundó sucesivamente el colegio de Landser, la parroquia San Juan Bosco en Mulhouse, la de Strasbourg y la Casa del Estudiante en esta misma ciudad. Durante toda su vida dedicó una buena parte del tiempo a la prensa salesiana y a una fructuosa correspondencia epistolar. Se distinguió por su profundo espíritu religioso, por el trabajo sin descanso, por su apertura a los jóvenes y a la renovación de la Iglesia.

P. Juan Korff de Gidts

* en Aja (Holanda) 4.10.1922, † en Rijswijk (Holanda) 20.9.1972 a 49 a., 24 de prof. y 16 de sac.

Varios años de su sacerdocio los dedicó al apostolado de la juventud obrera como Director de la Escuela Profesional de Amersfoort. Seguidamente fue 8 años incansable Ecónomo de la Inspectoría de Holanda. Los que lo han conocido de cerca hablan de su fidelidad, de su amor a la Congregación, de su sentido de justicia y, sobre todo, de su alma sacerdotal. Entregó su alma al Señor después de una larga y dolorosa enfermedad.

P. Roberto Marschener

* en Konigswalde (Austria) 8.12.1900, † en Radkersburg (Graz - Austria) 28.5.1972 a 71 a., 52 de prof. y 44 de sac. Fue Director 14 años.

Fue un Salesiano responsable y entusiasta de su misión al servicio de los jóvenes. Le estuvieron confiadas, como Director y Párroco, casas de gran responsabilidad. En los tres últimos años de su vida ofrecía al Señor sus no pequeños sufrimientos por la Casa de Graz, dando ejemplo de confiada resignación a la voluntad de Dios.

P. Juan Martins

* en Campina Grande (Paraíba - Brasil) 9.8.1899, † en S. Paulo (Brasil) 31.10.1972 a 73 a., 50 de prof. y 38 de sac.

Fue verdaderamente un buen religioso, educador activo, responsable, amigo de sus alumnos. Pocas palabras y muchos hechos, y constante serenidad. De gran delicadeza con todos. En la clase sabía mantener la seriedad dentro de una disciplina suave. Hacía gustar la Liturgia a los muchachos con hermosas y solemnes funciones. Fue gran devoto y propagador de la devoción a la Auxiliadora. Supo amar a Don Bosco con la fidelidad concreta a las Reglas. En la última parte de su vida sufrió mucho a causa de una parálisis parcial que tenía también otras complicaciones, pero todo lo soportó con una sonrisa que no dejaba transparentar sus dolores.

P. Francisco Maté

* en Tórtoles de Esgueva (Burgos - España) 9.8.1896, † en Madrid (España) 5.9.1972 a 76 a., 57 de prof. y 46 de sac. Fue Director 4 años.

Salesiano entusiasta y jovial, amó a la Congregación y la sirvió con entrega y sencillez aún en cargos de responsabilidad. Durante los 20 años en que desempeñó el cargo de Prefecto, en diversas Casas, prestó un precioso servicio a los Hermanos, sobre todo en el período de la postguerra, en que las numerosas dificultades del momento pusieron a prueba su espíritu de sacrificio. Siempre disponible y comunicativo, aceptó la realidad de la muerte con gran espíritu de fe.

P. Juan Mc Tague

* en Liverpool (Inglaterra) 4.8.1892, † en Farnborough (Inglaterra) 3.10.1972 a 80 a., 63 de prof. y 53 de sac.

La música fue la pasión de este buen sacerdote, y al mismo tiempo constituyó su medio de apostolado. Durante casi toda su vida enseñó música en nuestras escuelas y cuidó el canto sagrado en la Parroquia. De

temperamento más bien tímido, prefería el trabajo escondido de la escuela. Fue hallado muerto en su lecho, en apariencia, sin haber sufrido ninguna enfermedad.

P. Juan Enrique Neale

* en Londres (Inglaterra) 12.6.1915, † en Melbourne (Australia) 7.10.1972 a 56 a., 30 de prof. y 19 de sac. Fue Director 5 años.

El Señor lo había dotado de muchos talentos naturales, que supo usar bien, en particular durante sus largos años de Ecónomo Inspectorial. Su sensibilidad social le llevó a prodigarse en buscar puestos de trabajo a los jóvenes pobres. Durante mucho tiempo prestó asistencia espiritual en la cárcel de Pentridge. Era abierto con todos, pero sobre todo con los Hermanos jóvenes, a los que inspiraba plena confianza. Decía: « El mundo es de los jóvenes, procuremos utilizar las energías de ellos ».

Enfermo de un tumor, soportó con fortaleza y serenidad el mal que había de llevarle hasta la Casa del Padre.

Coadj. Alejo Nellishery

* en Trichur (Kerala - India) 6.10.1941, † en Cochín (Kerala - India) 22.8.1972 a 30 a. y 9 de prof.

Coadjutor alegre y entusiasta, amante de la Congregación y contento de su vocación religiosa, tenía siempre la sonrisa en sus labios. Irradiaba energías y entusiasmo donde quiera que fuese. A todos quería bien y por todos era correspondido. La muerte, aunque vino de improviso, lo encontró preparado: Cristo lo esperaba en un recodo de la carretera cuando regresaba a Casa después de hacer el retiro trimestral.

Mons. Marcelino Olaechea

* en Baracaldo (Vizcaya - España) 9.1.1889, † en Valencia (España) 21.10.1972, a 83 a., 67 de prof. y 60 de sac. Fue Director 7 años, Obispo de Pamplona desde 1935, Arzobispo de Valencia desde 1946, y dimisionario desde 1966.

Ha marchado a la Casa del Padre el primer Obispo salesiano español. De Consejero Escolar, pronto pasó a Director-fundador, y de aquí a Inspector a los 32 años. Posteriormente fue Visitador Pontificio en algunos Seminarios de España, Obispo de Pamplona y Arzobispo de Valencia. En todas partes se ganó la estima y veneración de todos por su bondad y su amor a los humildes. Mons. Lahiguera, Prelado de Valencia, en la homilía del

funeral, ante un inmenso gentío de fieles puso de relieve la fidelidad de Don Marcelino a la Iglesia y a Don Bosco, su amor filial a la Virgen, su « apostolado de la Hostia grande en los Congresos Eucarísticos y el de la Hostia pequeña en la comunión frecuente ». Tenía el don incomparable de la amistad. Todos querían colaborar con él. Por eso pudo realizar tantas iniciativas en el campo religioso y social, en particular en favor de los pobres y abandonados. En su testamento había expresado su deseo de que su entierro fuese sin gran concurso de gente y en la tumba de los Salesianos. Pero sus funerales han constituido un plebiscito popular. Sus restos mortales reposan en la catedral, en la capilla dedicada a Santo Tomás de Villanueva, su antecesor en la sede episcopal de Valencia.

P. Manuel Angel Pisano

* en Buenos Aires (Argentina) 30.5.1900, † en Buenos Aires 31.8.1972 a 72 a., 55 de prof. y 46 de car. Fue Director 16 años.

Su constante dedicación fue el sagrado ministerio, al que se dedicó con todas sus energías. Fue maestro, Consejero, Catequista y Director en varias Casas. Párroco fue también comprometido en el progreso espiritual y en la promoción social de sus feligreses. A la misión pastoral dedicó fervorosamente sus mejores dotes de inteligencia y fuerte personalidad. « Sacerdote y Salesiano » fue el estupendo binomio que se propuso realizar con la ayuda paternal de Don Bosco.

P. Carmelo Pitrolo

* en Scicli (Ragusa - Italia) 5.12.1885, † en Modica Alta (Italia) 26.11.1972 a 86 a., 67 de prof. y 58 de sac.

Empleó casi toda su vida en el apostolado juvenil-popular. Músico, poeta, maestro de francés y literatura, puso sus talentos al servicio de los jóvenes más pobres y de nuestros aspirantes. Trabajó en varias Casas de las Inspectorías Romana y Sícula, especialmente en Modica, donde en 40 años de permanencia supo atraer tantas simpatías hacia la Obra Salesiana. Era particularmente apreciado como director espiritual por sacerdotes de la diócesis, por Comunidades de Religiosos y Religiosas y por numerosos fieles.

P. Guillermo Renshaw

* en Cleator Moor (Cumberland - Inglaterra) 13.4.1919, † en Chertsey (Inglaterra) 9.10.1972 a 53 a., 31 de prof. y 21 de sac.

Desarrolló su apostolado en la escuela, distinguiéndose en la enseñanza de las materias técnico-profesionales. Alma de gran sencillez en su vida espiritual, entregado a la enseñanza, podemos decir que murió en la brecha, herido por un ataque de apoplejía mientras enseñaba en un aula.

P. Luis Ripula

* en San José (Misiones - Argentina) 1.9.1920, † en Corrientes (Argentina) 27.11.1972 a 52 a., 34 de prof. y 24 de sac.

De gran espíritu salesiano, se distinguía como solícito asistente, siempre con sus alumnos, no obstante su salud delicada. Cumplía con gran sentido de responsabilidad las misiones educativas que se le encomendaban, atento siempre al bien de la Casa y da la Congregación, en particular como constante y celoso confesor.

P. Amadeo Rodinó

* en Gioiosa Ionica (Reggio Calabria - Italia) 5.5.1903, † en Roma - Casa Generalicia 4.11.1972 a 69 a., 53 de prof. y 44 de sac.

Había sido compañero de estudios del Rector Mayor. Sus dotes de buen escritor se pusieron de manifiesto en muchas ocasiones, por ejemplo, en el éxito que consiguió hace algunos años entre los jóvenes estudiantes italianos la revista «El amigo de la Juventud», de la que fue director. En 1955 fue llamado a Turín para dirigir la Oficina de Prensa Salesiana, cargo que desempeñó durante 17 años, trabajando con gran competencia y espíritu de sacrificio. Su solicitud se multiplicaba sobre todo en ocasiones de gozo para la Familia Salesiana, como la canonización de Domingo Savio, el 150 aniversario del nacimiento de Don Bosco, la beatificación de Don Rua. El 29 de octubre p.p., hospitalizado en una clínica, los médicos le permitieron asistir al rito de beatificación de Don Rua en San Pedro; dos días más tarde era sometido a una intervención quirúrgica que tendría el desenlace fatal. La muerte le llegó mientras recitaba, con el Hermano que le asistía, el Angelus de la mañana.

P. Miguel Suppo

* en Pianezza (Turín - Italia) 20.10.1902, † en Hong Kong (China) 13.11.1972 a 70 a., 47 de prof. y 41 de sac. Fue Director 12 años.

Mucho trabajó y con fruto en su querida China. Ocupó cargos importantes en diversas Casas, poniendo sus grandes dotes de mente y corazón al servicio del Reino de Dios. Al comienzo de la dominación comunista en China sufrió una dura prisión, de la que salió con su salud minada. Pero tan pronto se halló en libertad, se dedicó con sorprendente energía al trabajo de consolidación y expansión de las nuevas obras salesianas de Hong-Kong, Taiwan, Vietnam. Su prudencia, juicio equilibrado, gran fe y su habilidad extraordinaria para la organización y la administración, hicieron que pudiese llevar a feliz término misiones a veces muy difíciles.

P. José Trisoglio

* en Lu Monferrato (Alessandria - Italia) 13.12.1912, † en Lima (Perú) 23.8.1972 a 59 a., 43 de prof. 5 33 de sac. Fue Director 9 años.

Inteligente y generoso, había sabido conquistarse la simpatía de todos con un trato delicado, respetuoso y paternal que le distinguía. En el ministerio sacerdotal eran notables el acierto de sus consejos y la eficacia de su predicación. Fue trabajador infatigable y sacrificado, entregado de lleno a sus alumnos durante 35 años de enseñanza. Su obediencia religiosa fue costosa en ocasiones, pero la vivió siempre con auténtico espíritu sobrenatural y con una serenidad externa sorprendente.

Coadj. Augustín Venturini

* en Bagnoli di Sopra (Padua - Italia) 13.11.1902, † en Turín (Italia) 6.11.1972 a 70 a. y 47 de prof.

Falleció a consecuencia de un accidente automovilístico sufrido al regresar de un retiro trimestral. Hizo consistir su consagración en la oración, en el trabajo y en el deseo desbordante del Paraíso. Un honor suyo era el haber servido fielmente a dos Obispos salesianos (Mons. Juan Lucato en Derna, y Mons. Miguel Arduino, Párroco, a la sazón, del Santuario de M.A.), y haber vivido durante años cerca de la Basílica de M.A., dedicado al decoro de la Casa de la Virgen. Le distinguían su pobreza y su amor a los pobres.

P. Francisco Vogrinčič

* en Cankova (Eslovenia - Yugoslavia) 14.11.1895, † en Kapela (Eslovenia - Yugoslavia) 18.11.1972, a 77 a., 57 de prof. y 47 de sac. Fue Director 13 años.

Tenía tres cualidades de auténtico hijo de Don Bosco: irradiaba optimismo y alegría, en los sucesos prósperos como en los adversos; tenía predilección por los jóvenes y los enfermos, para los cuales siempre era hora y ningún camino se le hacía largo; enseñaba el catecismo con verdadera satisfacción y extraordinaria eficacia. En sus últimos años era muy estimado su ministerio en la confesión. Y cuando ya no le era posible hacer otra cosa, consagraba su tiempo a la oración.

P. Guillermo Wasel

* en Berrendorf (Renania - Alemania) 31.5.1884, † en Sannerz (Alemania) 4.10.1972, a 88 a., 63 de prof. y 51 de sac. Fue Director 12 años.

Nacido en una familia numerosa, tuvo una juventud trabajosa. Después de ayudar al padre por algún tiempo en los trabajos del campo, siendo ya adulto fue iniciado en los estudios por su Párroco. Ingresó en Penango, primer seminario de los Salesianos alemanes. Acabados los estudios y el servicio militar, en guerra, marchó a La Pampa para asistir a los emigrantes alemanes, entre los cuales trabajó con mucho celo y paciencia. Regresó a Alemania, donde fue destinado a trabajar en varias Casas, mientras no le llegó la enfermedad que tuvo que soportar durante años con gran fortaleza de ánimo, hasta que le llamó el Señor.

Coadj. Juan Zanovello

* en Legnago (Verona - Italia) 6.2.1896, † en Treviglio (Bérgamo - Italia) 28.9.1972 a 76 a. y 54 de prof.

Era una « institución » en el colegio de Treviglio, donde ha pasado toda su vida de Salesiano. Se servía mucho del teatro como medio de educación, ganándose la amistad de los centenares de jóvenes que educó. Fue pobre como lo son los pobres de verdad, pero rico de muchas virtudes humanas que comunicaba a cuantos se rozaban con él. Infundía a todos el amor a María Auxiliadora, de la que era devotísimo. Las últimas jornadas de su vida las pasó en un profundo recogimiento interior.

4° elenco 1972

N.	COGNOME E NOME	LUOGO DI NASCITA	DATA DI NASC.	E MORTE	ETÀ	LUOGO DI M	ISP.
155	Sac. ALTOE' Leandro	Jaciguá (BR)	7.4.1940	15.11.1972	32	Rio de Janeiro (BR)	BH
156	Sac. BALDASSO Cesare	Arcade (I)	27.1.1899	11.11.1972	73	Pordenone (I)	Vn
157	Sac. BERTA Ernesto	Avigliana (I)	29.12.1884	3.12.1972	87	Genzano (I)	Ro
158	Sac. CAVOLI Antonio	Marignano (I)	6.8.1888	22.11.1972	84	Tokyo (Japan)	Gp
159	Sac. CONCONI Pietro	Ginevra (CH)	1.9.1911	25.5.1972	60	Ginevra (CH)	Pr
160	Sac. DAL POS Antonio	S. Fior di Sotto (I)	21.5.1906	30.11.1972	66	Bahía Blanca (RA)	BB
161	Coad. FIFFI Enrico	Rio de Janeiro (BR)	5.2.1890	26.11.1972	82	Rio de Janeiro (BR)	BH
162	Sac. GALLO Anacleto	Grancona (I)	21.10.1892	10.8.1972	79	Lugano (CH)	No
163	Sac. GOGA Andrea	Chrabrany (CS)	9.11.1914	10.9.1972	57	Táriba (VZ)	Vz
164	Coad. IWATA Michele	Kuroshima (Japan)	3.10.1916	9.10.1972	56	Tokyo-Chofu (Japan)	Gp
165	Sac. KOLMER Vittore	Schirrhein (F)	14.8.1888	30.10.1972	84	Strasbourg (F)	Ly
166	Sac. KORFF de GIDTS Giov.	L'Aja (NL)	4.10.1922	20.9.1972	49	Rijswijk (NL)	Ol
167	Sac. MARSCHNER Roberto	Königswalde (A)	8.12.1900	28.5.1972	71	Radkersburg (A)	Au
168	Sac. MARTINS Giuseppe	Campina Grande (BR)	9.8.1899	31.10.1972	73	S. Paulo (BR)	SP
169	Sac. MATE Francesco	Tórtolos de Esg (E)	9.8.1896	5.9.1972	76	Madrid (E)	Ma
170	Sac. McTAGUE Giovanni	Liverpool (GB)	4.8.1892	3.10.1972	80	Farnborough (GB)	Ig
171	Sac. NEALE Giov. Enrico	London (GB)	12.6.1916	7.10.1972	56	Melbourne (AUS)	At
172	Coad. NELLISHERY Alessio	Trichur (India)	6.10.1941	22.8.1972	30	Cochin (India)	Mr
173	Mons. OLAECHEA Marcellino	Baracaldo (E)	9.1.1889	21.10.1972	83	Valencia (E)	—
174	Sac. PISANO Emanuele	Buenos Aires (RA)	30.5.1900	31.8.1972	72	Buenos Aires (RA)	(BA)
175	Sac. PITROLO Carmelo	Scicli (I)	5.12.1885	26.11.1972	86	Modica Alta (I)	Sc
176	Sac. RENSCHAW Guglielmo	Cleator Moor (GB)	13.4.1919	9.10.1972	53	Chertsey (GB)	Ig
177	Sac. RIPULA Luigi	S. José (RA)	1.9.1920	27.11.1972	52	Corrientes (RA)	Rr
178	Sac. RODINO' Amedeo	Gioiosa Ionica (I)	5.5.1903	4.11.1972	69	Roma (C. Generalizia)	—
179	Sac. SUPPO Michele	Pianezza (I)	20.10.1902	13.11.1972	70	Hong Kong	Ci
180	Sac. TRISOGLIO Giuseppe	Lu Monferrato (I)	13.12.1912	23.8.1972	59	Lima (PE)	Pe
181	Coad. VENTURINI Agostino	Bagnoli di Sopra (I)	13.11.1902	6.11.1972	70	Torino (I)	Sb
182	Sac. VOGRINCÍČ Francesco	Cankova (YU)	14.11.1895	18.11.1972	77	Kapela (YU)	Lj
183	Sac. WASEL Guglielmo	Berrendorf (D)	31.5.1884	4.10.1972	88	Sannerz (D)	Kö
184	Coad. ZANOVELLO Giovanni	Legnago (I)	6.2.1896	28.9.1972	76	Treviglio (I)	Lo

